10459

6

SUEÑOS DE AMOR.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

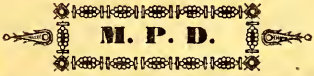
escrita en francés por MM. Scribe y De Bieville,

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MANUEL GARCIA GONZALEZ.

Estrenada con buen éxito en el teatro del Príncipe el 16 de Febrero de 1860.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Marzo 1860.

PERSONAS.	ACTORES.
DON IGNACIO, *comerciante.* .	*Don Manuel Catalina.*
ELISA, *su mujer.*	*Doña Josefa Hijosa.*
MARGARITA, *hermana de don Ignacio.*	*Doña Salvadora Cairon.*
PLÁCIDO, *primo de Elisa.* .	*Don Manuel Villena.*
ENRIQUE DE SANDOVAL, *oficial de marina.*	*Don Juan Catalina.*
GERVASIA, *doncella de Elisa.*	*Doña Adelaida Zapatero.*

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO PRIMERO.

Un salon en Madrid en casa de don Ignacio. Puerta al fondo, dos puertas laterales. A la derecha cerca del proscenio, mesa al lado de una chimenea; encima de la chimenea, reló y una fosforera, etc. A la izquierda, en el mismo término, otra mesa mas pequeña, sobre la que habrá un pupitre, un álbum y lápices.

ESCENA PRIMERA.

GERVASIA, *de pie cerca de* MARGARITA, *sentada á la derecha delante de una mesa.*

Gervasia. Cómo, señorita: dice usted que la señora no quiere aumentarme el salario?

Margarita. Mi hermana tiene razon, Gervasia; como doncella no es usted ni previsora ni cuidadosa...

Gervasia. Es posible!

Margarita. Además, siento decir á usted que el libro de la cuenta no está del todo en regla.

Gervasia. Es posible!... verdad es que soy distraida, aturdida... cada cual tiene sus defectos; pero la señorita conoce mi adhesion...

Margarita. (*Friamente.*) Es verdad.

Gervasia. Por usted y por la señora, sería capaz de echarme al fuego.

Margarita. Sí, pero afortunadamente son muy raras las ocasiones de echarse al fuego por los amos, y todos los dias hay que hacer otras mil cosas, que aunque prosáicas, no por eso se hacen solas.

612865

Gervasia. No digo que no; pero lo que es un corazon á toda prueba... eso hasta la muerte.

Margarita. (*Impaciente.*) Otra vez!

Gervasia. La señora y usted lo verian si les sucediera solamente una desgracia, si tuviesen, por ejemplo, algun asunto importante, algun secreto que guardar. Pero aquí nunca hay nada de eso.

Margarita. (*Sonriendo.*) Eso es tal vez lo que usted siente. Le aconsejo que no procure hacerse importante; hágase util y nada mas.

Gervasia. Jesus! Yo que trabajo todo el dia!

Margarita. Ha concluido usted el vestido de musolina de mi hermana?

Gervasia. Es decir... señorita...

Margarita. Que no lo ha empezado.

Gervasia. Todavía no.

Margarita. Y hoy sábado en la noche partimos para el campo!

Gervasia. (*Alzando la voz.*) Pero, señorita, puedo asegurar y responder...

Margarita. No responda usted, no hable, y trabaje. Así adelantará mas... Tome usted... recoja el libro que se la olvidaba...

Gervasia. (*Tomando el libro.*) Sí, señorita... (Esta sí que debia casarse... Entonces estaría una en la casa como quisiera!) Ah! el señor!

Ignacio. (*Saliendo de la habitacion izquierda.*) Qué es eso?

Gervasia. Nada, señor; son las cuentas que acabo de ajustar con la señorita. (*Vase por el foro.*)

ESCENA II.

DON IGNACIO. MARGARITA.

Ignacio. Cómo! mi querida hermana, continúas tomándote el trabajo de ajustar las cuentas con la doncella?

Margarita. Por qué no? Tu mujer no ha tenido tiempo esta mañana.

Ignacio. Tú, mi querida Margarita, tan artista, tan elegante!... Dejar tus libros, tu pincel y tu piano para ayudar á mi mujer en los cuidados de la casa! Así está

ella! Siempre arreglada, cómoda siempre! Vamos, esto es admirable!

Margarita. Es muy sencillo! Nada tengo que hacer; eso me ocupa tiempo y me distrae! Mientras que para Elisa mi cuñada es un trabajo muy penoso, que le évito con sumo gusto. Entre tanto, tú, como un marido honrado y bueno...

Ignacio. Vivo feliz y tranquilo entre mis dos mujeres; porque tengo dos, como un bajá... una, mi amiga de infancia...

Margarita. Tu amiga de siempre...

Ignacio. La razon en persona... la córdura de buen humor!... y una amistad tan verdadera... tan viva... tan tierna... que algunas veces...

Margarita. Se me tomaria por tu mujer.

Ignacio. Y la otra... tan buena, tan amable, dejándose adorar con tanta gracia, sencillez y tranquilidad...

Margarita. Que se la tomaria por tu hermana.

Ignacio. Qué quieres?... Elisa es buena, escelente, pero tiene un carácter apático.

Margarita. Lo crees así? Es singular... yo habia creido por el contrario, que es de un carácter exaltado y novelesco.

Ignacio. (*Con aplomo.*) Es un error!

Margarita. Hasta diria que apasionado.

Ignacio. (*Con aplomo.*) Error, hermana mia, error! Hace dos años que estamos casados... y no ha tenido conmigo ninguna de esas espansiones que dán vida al corazon... Por eso te digo que es fria... muy fria... te lo aseguro. No ha amado jamás, ni amará nunca á otro que á mí. Toda la ternura que posee, toda la que puede dar, me la dá. Qué mas quieres?

Margarita. No sé... me parecia... sin duda me engaño...

Ignacio. Ah! no es esa mi pena... tengo otra que no puedo desechar... una pena de familia...

Margarita. Y esa pena, cuál es?

Ignacio. Tu insistencia en rehusar todos los partidos que se presentan; tu resolucion, en fin, de no casarte.

Margarita. (*Riendo.*) Y dónde está la necesidad de que me case?

Ignacio. Ahí tienes una pregunta que no comprendo en una jóven como tú... cuerda... sensata...

Margarita. (*Sonriendo y tomando la mano de don Ignacio.*) Y muy pronto mayor de edad... Quieres, pues, que te deje?

Ignacio. No... pero yo, tu hermano mayor, y mucho, si te dejase... Ya ves, un accidente cualquiera... si yo llegára á faltar... Quiero al menos dejarte con un marido, hijos, un hogar, en fin, como el mio.

Margarita. Si el tuyo me basta.

Ignacio. No es posible! Tú eres jóven, linda, posees una fortuna no despreciable... seis mil duros de renta al menos.

Margarita. Bah! nuestro padre no me dejó mas que cuatro.

Ignacio. (*Enfadándose.*) Ah! Y no cuentas por nada los intereses que han ido devengando? ni mis cuentas de tutela?

Margarita. Oh! no, hermano mio!

Ignacio. No lo estrañaria, porque eres capaz de todo: hace algun tiempo que te has empeñado en llevarme la contraria. Cuantas mas ganas tengo de verte casada, mas empeño pones en permanecer soltera. Basta que te hable de un pretendiente, para que lo pongas en ridículo, ó le tomes ojeriza... y aquel á quien yo concedo francamente mi proteccion, ya puede desde luego contar con tu negativa.

Margarita. Qué idea!

Ignacio. En fin, Victorino!... Victorino Salazar, un chico muy guapo... que tiene talento, instruccion... que está interesado en todas nuestras grandes empresas... qué falta tiene á tus ojos?

Margarita. La de que atiende á demasiadas cosas, para ocuparse de su mujer.

Ignacio. Y Plácido?... el primo de Elisa? un jóven guapísimo... elegante... que posee una gran fortuna... qué tienes que decir de él?

Margarita. Que no hace nada, y eso dá demasiada ocupacion á una mujer.

Ignacio. Confiesa mas bien que estás decidida de antemano, suceda lo que quiera, á rehusar siempre. Vamos á ver: es un sistema?

Margarita. Ni una cosa ni otra; es mi gusto y nada mas. El estado de soltera, es en mi opinion el mas grato y el mas fácil de la vida. En primer lugar, no está espuesta ni al mal humor, ni á los celos, ni á la tiranía de su señor y dueño; no está obligada para que haya paz, á transigir veinte veces al dia con el carácter y los defectos de la otra mitad de sí misma. Libre é independiente, á nadie debe cuenta de sus acciones, de sus pensamientos y de sus secretos... si es que los tiene.

Ignacio. Qué dices!

Margarita. En fin, yo, por ejemplo! Dueña de mi fortuna y de mi tiempo, hago cuanto se me antoja, sin tener que pedir permiso á mi marido!... Además, no te dejaré nunca... yo mimaré á tus hijos cuando hayan sido buenos, intercederé por ellos cuando sean malos; despues seré la confidente de sus penas, pagaré en secreto las deudas de mis sobrinos, casaré á mis sobrinas y hasta las hijas de mis sobrinas, porque las solteronas son eternas! y cuando esté cansada de vivir... me acordaré de todos en mi testamento... para ser aun amada y bendecida despues de mi muerte. Conoces, dime, una existencia mas grata?

Ignacio. Ah! tú redoblas mis penas... Tan buena, tan alegre, tan amable, hubieras sido una escelente esposa... Vamos! y no querer casarte!

Margarita. Nada, está resuelto y convenido... como si lo hubiese firmado todo el notariado.—Así, pues, no hablemos mas de ello.

Ignacio. Detestas á los hombres?

Margarita. No! Existe uno ante todos, y tú lo sabes... á ese es al que mas quiero en el mundo. (*Le toma las manos.*)

Ignacio. Sí... yo! Pero y los otros?—De todos los que has visto hasta aquí, ni uno solo te ha parecido merecer una escepcion, una preferencia?

Margarita. No digo eso... porque á tí... no te oculto nada... Sí, ha habido un hombre, cuyo mérito y valor, y sobre todo la franqueza y sencillez, me agradaban mucho.

Ignacio. (*Vivamente.*) De verás?

Margarita. Era el carácter que me convenia... y á ha-

berme casado... hubiera sido con él seguramente.

Ignacio. Bien!... y por qué no?... Quién es? Dónde está?... Qué obstáculo se opone?...

Margarita. Uno muy grande. En primer lugar era libre y no pidió mi mano... Despues partió... no le he vuelto á ver... ni he oido hablar de él... y como siempre que se quiere firme y sériamente sucede eso... le he olvidado.

Ignacio. Hace mucho tiempo?

Margarita. Sí.

Ignacio. Y nunca me has hablado de ello?...

Margarita. Me hubiese guardado muy bien. Cuando se quiere olvidar á una persona, hermano mio, no se habla de ella.

Ignacio. Y tú te has olvidado... del todo?

Margarita. Ya lo ves.

Ignacio. Ah! Ahí viene el primo de mi mujer.

Margarita. Plácido? (*Yendo á sentarse junto á la mesa de la izquierda.*)

ESCENA III.

PLÁCIDO. DON IGNACIO. MARGARITA.

Plácido. Buenos dias, primo; buenos dias, señorita. Vengo de casa de Caracuel, á quien he mandado hacer un uniforme completo de aspirante á marina... Ya saben ustedes que la marina es mi pasion favorita!... Verdad es que nunca he visto el mar, pero eso no importa; cuando se tiene como yo una vocacion decidida, el mar es lo de menos. (*Mirando á Margarita.*) Sin embargo, en medio de todos esos graves asuntos, una sola idea me preocupaba. (Se calla!) (*Bajo.*) Oye, primo: tú que te has encargado de mi peticion, qué noticias hay?

Ignacio. (*Bajo á Plácido.*) Malas!... para un marino... Nos hemos ido á pique.

Plácido. Ah! Bah!

Ignacio. Te estima mucho!... le pareces un chico muy guapo... amable... divertido...

Plácido. Si yo te lo habia dicho!

Ignacio. Pero no quiere casarse; firme como una roca. Es su idea fija!

Plácido. Ya cambiará... las mujeres y las olas son inconstantes. En fin, eso queda de mi cuenta! —Y mi prima Elisa, tu mujer, ha hablado en mi favor?

Ignacio. Ayer noche, durante una hora, con una energía, una abnegacion...

Plácido. Querida prima! voy á darle las gracias, y en seguida salgo de Madrid para el Ferrol. El lunes sin falta ya estoy allí.

Ignacio. El pais de mi mujer!

Plácido. Dicen que se va á botar al agua un soberbio navio llamado el *Bucentauro*, y como yo entiendo algo de construcciones navales... Tú no conoces el *Pájaro*, eh? una barquilla napolitana construida bajo mi direccion, y que uno de los dias del mes próximo surcará las aguas del Tajo! Si esta señorita se dignase visitarla, el capitan sería demasiado dichoso en recibirla!

Margarita. Ya usted á disfrazarse de capitan, con un puñal en el cinto y el hacha de abordage?

Plácido. No, señorita! Nosotros, los jóvenes *com' il faut* practicamos el *sport* náutico á la americana. Reclinado negligentemente en mi cámara de popa, me abandonaré á las dulces inpresiones de las brisas, cantando

Boga, barquilla mia,
boga ligera, etc.

Margarita. (*Inclinándose.*) Eso es de muy buen gusto! Pero diga usted, Plácido; mientras esté usted de viaje, quién cuidará sus negocios?

Plácido. Negocios?... bah!... yo no tengo negocios. Eso es bueno para gente de poco mas ó menos.

Ignacio. Poco á poco!... Pido la palabra para una alusion personal.

Plácido. Desengáñate, primo, eso no es de buen tono. Háblame del dulce *far niente* por mar y por tierra, eso sí que es de buen género! Y es muy sencillo; soy jóven, soy rico, poseo ocho mil duros de renta, y nada tengo que hacer desde la noche á la mañana.

Ignacio. (*A Margarita.*) Así está siempre tan ocupado!

Ignacio. (*Mirando á la derecha.*) Ah! mi mujer! Qué linda está con ese trage de mañana!

ESCENA IV.

PLÁCIDO. DON IGNACIO. ELISA. MARGARITA.

(*Elisa entra llevando en la mano un libro que lée con atencion; levanta los ojos, ve á don Ignacio y va á él.*)

Elisa. Ah! Buenos dias, esposo mio! (*Volviéndose y arrojando el libro sobre la mesa de la derecha.*) Buenos dias, Margarita.., Adios, primo... parece que madrugas.

Margarita. No... tú eres la que te has levantado muy tarde.

Elisa. Hace rato que estaba despierta... pero me he quedado leyendo en la cama...

Margarita. (*Vivamente.*) Qué leías?

Elisa. Un libro que cogí á la casualidad de la biblioteca de mi esposo.

Plácido. (*Mirando el título.*) El *Dante.*

Margarita. Misericordia!

Plácido. El *Dante!* No lo he leido nunca... Es estraño, yo que leo todo... No son versos?

Ignacio. Sí... El *Infierno del Dante.*

Plácido. Eso es, versos... un infierno!... eso es lo que yo queria decir... Prefiero la prosa... la tuya, prima: sé que ayer me has defendido... lo sé, y vengo á darte gracias.

Elisa. (*Mirando á Margarita.*) No pierdo la esperanza de convertirla.

Plácido. Ni yo tampoco. Le diré con la franqueza de un marino, que en nuestros dias no puede uno consagrarse esclusivamente al culto de Diana ó de Vesta... en un siglo... ilustrado... por el gas... y por la civilizacion... (*Cambiando de tono.*) Vengo, mi querida prima, á ver si te se ocurre algo á ti ó á la señorita Margarita, porque parto para el Océano.

Elisa. De veras?

Plácido. Me lanzo, ó mejor dicho, voy á ver lanzar el *Bucentauro.*

Elisa. Cuándo?

Plácido. Un dia de estos.—A propósito, prima, tú que eres del Ferrol, me darás cartas de recomendacion para todos los marinos que conozcas?

Elisa. Sí, pero á condicion de que vendrás á buscarlas mañana domingo al campo.

Ignacio. Para despedirte de nosotros.

Elisa. Entre tanto, tienes que llevar á componer mi sombrilla y mi abanico, y pasarte de camino por casa de Fortis. Voy á hacer la nota. Pero será preciso comprarlo hoy mismo, y traérnoslo mañana.

Plácido. Descuida, mi querida prima.

Ignacio. (*Deteniéndolo y en voz baja.*) Yo tambien tengo un encargo que hacerte... una compra misteriosa é importante... de la que no puedo hablarte delante de mi hermana ni de mi mujer.

Plácido. (*Con malicia.*) Oh! oh! oh!

Ignacio. Vuelve aquí á las cuatro... despues de la Bolsa, y antes que salgamos para el campo.

Plácido. Convenido!—Y usted, Margarita, no tiene ninguna comision que darme?

Margarita. Sí, que haga usted el favor de pasar por la Dulce Alianza, y comprar unos dulces para mi sobrino.

Plácido. (*A don Ignacio.*) No te lo decia!... Soy el hombre útil, indispensable... no pueden pasarse sin mí.—Señoras, hasta luego.

(*Cantando.*)

Boga, barquilla mia
boga ligera. (*Vase por el foro.*)

ESCENA V.

DON IGNACIO. ELISA. MARGARITA.

Ignacio. Perfectamente! Plácido á sus ocupaciones... y yo... á las mias. Voy á la oficina. (*Vase don Ignacio por la izquierda.*)

Margarita. Elisa... mi buena Elisa... te incomodo?

Elisa. Qué idea! tú, hermana mia, mi amiga verdadera... mi única amiga...

Margarita. A una amiga se la dice todo... no se la deja adivinar.

Elisa. (*Vivamente.*) Qué?... Qué has adivinado?

Margarita. Nada que deba turbarte... ó hacerte sonrojar... Eres buena y honrada! (*Le estrecha la mano.*) Pero hay mujeres, que como tú, son buenas y honradas y no aman á su marido.

Elisa. (*Vivamente.*) Qué dices!

Margarita. (*Con bondad.*) Escucha, mi querida Elisa; no me respondas si no quieres... pero déjame que te pregunte, por qué te encierras con tanta frecuencia en el saloncito... por qué ayer... y aun ahora mismo, estabas tan turbada?

Elisa. Por nada, te lo juro.

Margarita. Yo voy á decírtelo.—Ayer, cuando entré, estabas junto á esa mesa que era de mi tia Gertrudis... (*Pasa á la derecha.*) acababas de cerrar vivamente no sé qué cajon, y oí el ruido de un resorte que debe estar ahí. (*Pone la mano sobre el resorte que Elisa iba á tocar.*)

Elisa. Margarita!

Margarita. Resorte que conozco!... y la prueba es que ya está abierto. (*Ha tocado un resorte y se ha abierto un cajon del lado del público.*)

Elisa. Ah! Qué imprudente soy!

Margarita. Tranquilízate! Tus secretos están mejor guardados aquí, (*Señalando el corazon.*) que ahí. (*Señalando el cajon.*)

Elisa. Margarita: mira, lée, lée, yo te lo suplico, para que no tengas de mí mala opinion.

Margarita. Cartas de mujer! (*Deshaciendo el paquete y recorriendo las cartas.*)

Elisa. Si, de mujer...

Margarita. Son todas de una misma letra.

Elisa. Todas.

Margarita. (*Recorriendo algunas con la vista.*) Se trata de un jóven... de un hermano?

Elisa. Sí....

Margarita. En cuanto á este último paquete con sello negro... encierra un anillo y cabellos... de ese jóven sin duda?

Elisa. Voy á referírtelo todo....

Margarita. Gracias á Dios! (*Elisa va á cerrar con cerrojo la puerta izquierda.—Margarita hace lo mismo*

con la del fondo y se sienta á la izquierda al lado de Elisa.)

Margarita. Vamos, valor!

Elisa. Sin duda me has oido hablar varias veces de Amalia de Sandoval, mi amiga de colegio?

Margarita. Sí, que murió hace dos ó tres años.

Elisa. (*Suspirando.*) Tres años! Un corazon de oro.... un alma de fuego!...

Margarita. Y sin sentido comun. Prosigue.

Elisa. Pues bien: un colegio de señoritas es el sitio donde se componen mas novelas... Cada una hace la suya. La nuestra era no separarnos jamás, y ser hermanas un dia. Para eso Amalia tenia una idea, y era la de que me casára con su hermano Enrique de Sandoval, un aspirante de marina... un chico muy guapo; así es que durante toda la semana no haciamos mas que hablar de él... hasta el domingo inclusive... en cuyo dia iba generalmente á verla.

Margarita. Y qué os decia?

Elisa. A su hermana muchas cosas... mucha ternura... á mí nada! La directora ó la subdirectora nos acompañaban siempre... y todo lo escuchaban.

Margarita. Hacian bien.

Elisa. Un domingo ya no fué. Habia recibido órden del ministro de marina, para presentarse aquella misma noche, lo mas pronto posible, en el buque que partia para América. Amalia y yo salimos del colegio... y en la imposibilidad de volver á hablar de él... de Enrique, nos escribimos... Esas cartas son las suyas... las he conservado todas. Desde ese dia, la imágen de Enrique no se separó de mí; pero ¡ay! perdí á Amalia.— En su última carta, esa que tenias en la mano, presintiendo su fin próximo, me legó una sortija y un rizo de cabellos que conservaba de su hermano, recomendándome que me casára con Enrique... para hablar siempre de ella.

Margarita. Qué imaginacion! Y tu marido que suponia que eras fria!

Elisa. Yo!

Margarita. Que eras insensible!

Elisa. Ah! no hablarias así, si hubieses sido testigo de mi dolor el dia en que leí en un periódico que don

Enrique de Sandoval, oficial de marina distinguido... acababa de morir en Inglaterra.

Margarita. Ha muerto! Ah! Respiro!

Elisa. (*Con indignacion.*) Ah! Qué mal corazon!

Margarita. (*Vivamente.*) No, no; pobre jóven! Le compadezco... y á tí tambien, porque comprendo tu desesperacion.

Elisa. Nunca la comprenderás! Hasta entonces le habia amado moderada, razonadamente...

Margarita. Lo crees así?

Elisa. Desde aquel dia me puse á llorar... á adorarle.

Margarita. (*Cogiéndola la mano.*) Desdichada! Si te oyesen...

Elisa. Hé? qué?... qué he dicho?

Margarita. Tienes un marido... un hombre honrado... que te ama... que no ama á nadie mas que á tí... que te dá todos sus pensamientos, mientras tú piensas en otro... Eso no es justo... es mal hecho.

Elisa. Pero... pero... puesto que ese otro ha muerto...

Margarita. No importa... Eso siempre es en perjuicio del marido!

Elisa. (*Mas alto é impaciente.*) Pero si ha muerto!

Margarita. Por lo mismo! Si viviese, sus vicios ó sus defectos, porque todo el mundo los tiene, nos servirian para ayudar á tu cura; pero una vez muerto, la partida no es igual... viene á ser la perfeccion misma; para él todo se diviniza, y la poesía del dolor perjudica al marido, que es solamente la prosa. No estás viendo tú misma, por una pasion póstuma que solo te ofrece peligros, á lo que te espones? Las cartas siempre nos pierden,—decia mi tia Gertrudis,—y si una sola de esas cayese en manos de tu marido...

Elisa. Cartas de mujer...

Margarita. Esas cartas, esa sortija, esos cabellos, prueban tu primer amor á otro, y los hombres quieren siempre haber sido amados solos. Hace poco, aquí mismo, me decia mi hermano en su ciego afecto, hablándome de tí: «Qué me importa su frialdad? Si me »dá todo el cariño que puede dar... si su corazon no »ha amado nunca, ni amará jamás á otro que á mí?»

Elisa. Cielos!

Margarita. Y si viese lo contrario, á la ternura, á la

calma, á la confianza, verias suceder la inquietud, las sospechas, los celos; tu hogar doméstico, imágen hasta aquí del paraiso, se cambiaría en un infierno; tu marido te pareceria odioso; tu hijo indiferente...

Elisa. Oh! nunca! nunca!

Margarita. Ya empieza: esta mañana, mientras tú leías el Dante, yo entré en su despacho á darle los buenos dias, á recibir su primer abrazo...

Elisa. Ah!

Margarita. Sí... te lo robé... Tómalo, hermana mia; yo te le devuelvo. (*La abraza.*)

Elisa. Ah! Mi querida Margarita, mi ángel bueno... vela por mí... aconséjame... Qué debo hacer? Qué partido tomar?

Margarita. Un partido enérgico. Cuando la herida es grave, se la debe cicatrizar atrevidamente con el hierro y el fuego. (*Tomando un fósforo.*) Espera! Espera! Verás qué pronto...

Elisa. Qué vas á hacer?

Margarita. (*Enciende el fósforo.*) Un auto de fé... con todos estos papeles.

Elisa. Si los leo todos los dias.

Margarita. Por lo mismo... debes saberlos de memoria.

Elisa. (*Con pasion.*) Oh! no... Margarita... no lo exijas... es como si...

Margarita. Te quemasen á tí misma!

Elisa. (*Con exaltacion.*) Sí!

Margarita. Pues bien, á imitacion de las viudas del Malabar, no retrocedas ante semejante sacrificio... que despues de todo, no es tan grande. ¿Qué perdemos en ello? frases como estas: «Se pueden romper los »lazos terrestres, pero no el lazo de las almas, la sim»patía que nos une...» (*Quemando la carta á la luz, y arrojándola á la chimenea.*) Al fuego la simpatía... Mira cómo arde. Y esta otra: «Abro mi ventana para »escribirte!... Son las doce de la noche, y la luna »esparce en lontananza ese gran secreto de melanco»lía.» (*Arrojándola al fuego.*) Al fuego la luna y la melancolía.—Ah! y el rizo que se me olvidaba. (*Lo arroja á la chimenea.*)

Elisa. Desgraciada! Qué has hecho de él!

Margarita. Ya lo ves, cenizas! En cuanto á la sortija...

Elisa. No puedes quemarla!

Margarita. Por desgracia!

Elisa. (*Queriendo recobrarla.*) Entonces permíteme...

Margarita. (*Impidiéndolo.*) Que la lleves, no es eso? Y tu anillo de boda?... Comprenderás que no puede ser.

Ignacio. (*Dentro y sacudiendo la puerta del foro.*) Qué es eso? Estais encerradas?

Elisa. (*Con temor.*) Mi marido!

Ignacio. Abrid.

Margarita. Imposible!

Ignacio. Por qué?

Elisa. Es... que... me estoy probando un vestido.

Ignacio. Y eso qué importa?

Elisa. Sí, importa... Espera... (*Margarita durante este tiempo ha ido arrojando todas las cartas á la chimenea.*)

Margarita. Ves como á pesar tuyo te ves obligada á mentir?

Elisa. Dios mio! Estoy temblando! — ¿Queda alguna todavía?

Margarita. (*Mirando del lado de la chimenea.*) No quedan mas que dos... que arrojan al morir la última luz... Todo ha concluido. Ya puedes abrir.

Elisa. No tengo fuerzas! (*Cayendo sobre un sillon á la izquierda.*)

Margarita. (*Mirándola con lástima.*) Y su corazon queria grandes pasiones! (*Va á descorrer el cerrojo de la izquierda; despues el de la puerta del fondo que abre.*) Nadie! Se habrá cansado de esperar.

Elisa. Me alegro! Respiro! Prefiero no verle en este momento... Ah! Ahí está! (*Viendo á don Ignacio que aparece en la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

ELISA, *sentada á la izquierda.* MARGARITA, *sentada á su lado.* DON IGNACIO, *entrando por la puerta del fondo.*

Ignacio. (*De mal humor.*) En fin... Gracias á Dios! (*Se dirige hácia la chimenea, mira detrás de los candelabros y debajo del reló.*)

Elisa. (*Bajo á Margarita.*) Qué hay?
Margarita. (*Id.*) No sé.
Elisa. (*Id.*) Tendrá algunas sospechas! Ah! el cajon! (*Viendo detenerse á don Ignacio delante del cajon que ha quedado abierto.*)
Margarita. (*Bajo.*) Olvidé cerrarlo.
Ignacio. (*Examinándolo.*) Calle! No conocia yo esto! (*Don Ignacio, despues de cerrar el cajon y volver á mirar á derecha é izquierda, se acerca á Elisa, á la que observa durante algun tiempo, y la cual aparta la vista con turbacion.*)
Ignacio. Qué mala cara tienes!
Elisa. Sí... tengo una jaqueca horrorosa!
Ignacio. Qué olor á papel quemado hay aquí... habeis quemado algo? (*Margarita y Elisa cambian miradas de temor.*) Sí, sí, papeles; tal vez los que yo busco?
Margarita. (*Levantándose y yendo á él con impaciencia.*) Vamos á ver; qué estás buscando hace una hora?
Ignacio. Mi periódico! (*Margarita se echa á reir.*) Sí señor; el periódico que no está en mi despacho y que necesito... De qué te ries?
Margarita. Me rio, porque... porque... está ahí encima de mi mesa.
Elisa. Sí, aquí está. (*Dándoselo á Margarita, que se lo dá á don Ignacio.*)
Margarita. Lo tomé para leer el folletin.
Ignacio. Hoy no trae.
Margarita. Pues por eso.
Ignacio. Cómo por eso?
Margarita. Por eso no lo he leido.
Ignacio. Ah! ya.
Margarita. Y para qué querias el periódico?
Ignacio. Silencio! (*Haciendo señas de que calle se la lleva aparte á la derecha, mientras Elisa, sentada á la izquierda, apoya la cabeza entre sus manos y se queda pensativa.*) Es un regalo magnífico que quiero hacer á mi mujer... Nuestra casita de campo de Aranjuez no le gustaba... es muy vieja... el jardin es pequeño, y pienso comprar otra mucho mejor.
Margarita. De veras?
Ignacio. Cállate!
Margarita. Pero será muy cara...

Ignacio. No importa... He ganado estos dias en la Bolsa unos diez mil duros, y los destino para ella.

Margarita. (*Mirando á Elisa.*) Oh! mi buen hermano!

Ignacio. (*Alegremente.*) Pero como la ternura no escluye la buena administracion, quisiera, antes de comprar la posesion nueva, deshacerme de la otra.

Margarita. Bien pensado.

Ignacio. He dado, pues, órden á mi agente de negocios para que la ponga en venta. Ha publicado anuncios en todos los periódicos, y queria ver si venia en el nuestro. (*Recorriendo el periódico.*) Ah! sí; aquí está en gruesos caractéres.—«Se vende una preciosa casa »de campo, situada en Aranjuez, calle Real, número »nueve.»—Ajajá! Esto salta á la vista... es de muy buen efecto.

Elisa. (*Mirándolos.*) (Qué estarán hablando en voz baja?)

Ignacio. Sobre todo ni una palabra á Elisa... porque como todavía no está concluido... y hay tantas formalidades...

Margarita. Descuida. (*Pasa junto á Elisa, y entre tanto don Ignacio acaba de sentarse en el sillon de la derecha, desdobla el periódico y lo va recorriendo.*)

Elisa. (*Bajo á Margarita.*) Qué era? De qué hablaban ustedes?

Margarita. (*Id.*) Tranquilízate... ya te lo diré.

Ignacio. «Noticias varias... Percances del miriñaque... »Una mujer quemada... dos mujeres...» Vamos, un incendio de mujeres... no se corregirán.—«Un oficial »de marina distinguido, ausente de España durante »mucho tiempo, y cuya muerte anunciaron los perió- »dicos, llamado don Enrique de Sandoval, ha vuelto »á entrar en el servicio de la marina.»

Elisa. Ah! (*Dando un grito ahogado.*)

Ignacio. Sandoval... (*Volviéndose hácia su mujer.*) No le conozco!... Ay, Dios mio! Se ha puesto mala! (*Arroja el diario sobre la mesa y corre adonde está Elisa.*)

Margarita. (*Siguiéndole.*) No, no; tranquilízate, no es nada.

Ignacio. Sí, sí: no la ves?

Margarita. Te digo que no es nada, hombre! Esa maldita jaqueca que no la deja.

Ignacio. Pobre esposa mia! Elisa! Elisa!
Margarita. No te asustes; ya vuelve en sí.
Elisa. Ah! (*Suspirando.*)
Ignacio. Estás mejor, hija mia? Vamos, esto no es natural. Voy corriendo á casa de nuestro vecino, que vive en el cuarto segundo. Por la escalerilla llegaré mas pronto á su gabinete y me lo traeré.—No la dejes. (*A Margarita. Vase por la izquierda corriendo.*)

ESCENA VII.

ELISA. MARGARITA.

Margarita. Vamos, vamos, vuelve en tí.
Elisa. Margarita! (*Volviendo en sí poco á poco.*) hermana mia!
Margarita. No tienes derecho á ponerte de ese modo!... Tienes un marido!... un marido cuyo reposo y honor te se han confiado!
Elisa. (*Con alegría.*) Vive!... lo has oido?... Vive!
Margarita. No para tí!... que no debes ni conocerle, ni interesarte por él!
Elisa. Sí... te lo prometo... pero si supieses qué impresion ha producido en mí esa noticia imprevista, inesperada...
Margarita. Cállate! Cállate!
Elisa. Tranquilízate!... Me basta conque viva! En adelante, yo te lo prometo, jamás hablaré de él... ni procuraré verle.
Margarita. Así me gusta... Además, no me separaré de tu lado.—Gervasia. (*Bajo á Elisa.*)

ESCENA VIII.

DICHAS. GERVASIA.

Margarita. Qué hay? (*A Gervasia, que entra por el fondo.*)
Gervasia. Señorita, ahí está un jóven que desea hablar á la señora.
Margarita. Ya sabe usted que la señora está algo indis-

puesta... y además, no recibe hasta despues de las doce.

Gervasia. Eso es lo que yo he dicho... pero ese caballero parece empeñado en ello... «Es preciso, decia, es »preciso absolutamente, y ahora mismo...» Por lo demás, es muy guapo, y parece muy distinguido.—«Es »demasiado temprano, le dije... La señora está con su »cuñada.»

Margarita. Está bien.

Gervasia. Entonces me dejó su tarjeta, diciendo que luego volveria... y como no podia negarme á recibir la tarjeta...

Elisa. Está bien. (*Con impaciencia y alargando la mano.*)

Gervasia. Aquí está. (*Entregándola.*)

Elisa. Cielos! (*Despues de leerla, corre adonde está Margarita en la mayor turbacion y sin poder apenas hablar.*) Lée.

Margarita. «Enrique de Sandoval!»

Elisa. (*A media voz.*) Está en Madrid!

Margarita. (*Id. bruscamente.*) Qué importa!

Gervasia. Ah! Dios mio! La señora se pone pálida... está indispuesta... voy por el vinagre inglés.

Margarita. (*Mientras Gervasia lo revuelve todo en el cajon de la mesa de la izquierda.*) Por Dios, Elisa, modérate, sobre todo delante de Gervasia, que va á creer otra cosa.—No, Gervasia, no se necesita! Mi hermana ya está buena.

Elisa. Sí, sí, es cierto.

Margarita. Si vuelve ese caballero, le dirá usted que lo sentimos mucho... pero que hoy mismo partimos para el campo, dónde pasarémos toda la semana.

Gervasia. (*Con importancia.*) Está bien. Le diré que vuelva á la otra.

Margarita. No; desde hoy ya no recibimos á nadie. No lo olvide usted.

Gervasia. Está bien. La señorita me conoce... y sabe que observaré la consigna con toda fidelidad.

Margarita. Bien, bien; déjenos usted.

Gervasia. Puesto que la señorita no me necesita... (Hui! qué empalagosa!) (*Yéndose por el fondo.*)

ESCENA IX.

ELISA. MARGARITA. DON IGNACIO, *entrando por la izquierda con* PLÁCIDO, *que trae muchos paquetes.*

Plácido. (*Hablando con don Ignacio.*) Qué diablo! primo, tranquilízate! Eso no será nada!

Ignacio. (*Yendo á Elisa con inquietud.*) Cómo estás, hija mia?

Margarita. Ya está mejor; no era mas que un poco de jaqueca que ya se ha disipado.

Ignacio. Me alegro... porque á ese maldito doctor no se le encuentra por ninguna parte. No estaba en su casa... le he buscado en otras dos donde me dijeron que habia ido, y cuando llegué casi sin aliento...

Margarita. Pobre hermano mio!

Ignacio. Sí, échele usted un galgo... ya no estaba allí... Al volver encontré á Plácido que venia á traer vuestros encargos.

Plácido. Sí, mi querida prima.—Aquí están los dulces. (*A Margarita.*) Esta es la caja de la perfumería. (*A Elisa.*) Además, para el campo, el abanico y la sombrilla indispensables.

Ignacio. Es inútil... ya no vamos.

Margarita. Por qué no?

Ignacio. Mi Elisa está mala.

Margarita. Ya no lo está.

Ignacio. Pero puede recaer.

Margarita. Por lo mismo necesita el aire del campo... y en vez de partir esta noche... nos vamos ahora mismo.

Ignacio. Y si empeora?

Margarita. No tengas cuidado.—(*A Elisa.*) Vamos, ven, dame el brazo. (*A Ignacio.*) Dentro de un cuarto de hora lo tendremos todo listo, y vendremos á despedirnos.

Ignacio. Cómo despedirse! Yo voy con vosotras.

Margarita. Y la Bolsa?

Ignacio. No iré.

Margarita. Y ese negocio importante de que me hablabas ayer?

Ignacio. No tengo en el mundo negocio mas importan-

te que mi mujer... y mi salud... Es mi tesoro... mi bien... lo demás nada me importa.

Margarita. (*Bajo á Elisa.*) Lo oyes?

Elisa. (*Con valor.*) Sí.—Partamos.

Margarita. Llevaremos al sobrinito.

Ignacio. Sí, en familia. Partiremos en el tren de las dos.

Margarita. Perfectamente.—Voy á dar órden para que enganchen, y ustedes avisarán cuando todo esté pronto. Ven, Elisa. (*Vanse.*)

ESCENA X.

DON IGNACIO. PLÁCIDO.

Ignacio. (*Sacando un papel de un bolsillo.*) Apresurémonos... ahora que no están aquí.—Mira, primo, tengo en tí entera confianza... ante todo en tu gusto, y despues en tu celo y en tu actividad... En todo el dia de hoy puedes comprar lo que falta de esta lista.

Plácido. «Un collar y una pulsera de diamantes...» (*Interrumpiéndose.*) Eh! Qué significa esto?—«por valor »de cuarenta mil reales.» (*Deteniéndose.*) Cómo, primo, así te lanzas de este modo?... Y para quién?

Ignacio. (*Frotándose las manos.*) Ahí está el misterio.—Continúa, continúa!

Plácido. «Escoger encajes y cachemiras al precio de »quince á veinte mil reales. Además, comprar un cos»turero de palo santo ó de palo de rosa...»—Pero, primo...

Ignacio. Mañana, quince de mayo, es el cumpleaños de mi casamiento. Mientras prosperen mis negocios (y este año los he hecho soberbios), celebraré ese aniversario con una sorpresa que, recordando la dicha pasada, rejuvenezca lo presente, y garantice lo porvenir.

Plácido. Te escucho, mi querido primo, y me quedo estupefacto.

Ignacio. Tú en mi lugar hubieras preferido una querida.

Plácido. (*Ingénuamente.*) Ya lo creo. Era mas natural.

Ignacio. (*Con cariño.*) Pues bien: mi querida es mi mujer! quiero regalarle todo eso mañana por la tarde...

en el campo, y que lo halle todo en su alcoba: para eso cuento contigo.

Plácido. Tranquilízate.

ESCENA XI.

GERVASIA, *entrando por el foro.* DON IGNACIO. PLÁCIDO.

Gervasia. El coche está pronto, y cuando el señor quiera...

Ignacio. Bien; voy á ver á mi Elisa.

Plácido. Y yo, para dejaros á todos en el carruage. (*Vanse por la derecha.*)

ESCENA XII.

GERVASIA, *sola, viéndolos salir.*

Eso es, ya se van todos: el padre, la madre, la hermana, y hasta el niño... siempre juntos... hablándoselo todo entre ellos... y ni una sola palabra de confianza con los criados... Jesus! Jamás me podré acostumbrar á una casa como esta. (*Dá algunos pasos para salir y ve á Enrique de Sandoval que entra por el fondo, con uniforme de teniente de navío.*)

ESCENA XIII.

GERVASIA. ENRIQUE.

Gervasia. Ah! El jóven de esta mañaña... Y yo que creí que íbamos á tener misterios!

Enrique. La señora está en casa?

Gervasia. No está, caballero.

Enrique. Le entregó usted mi tarjeta?

Gervasia. Sí señor... y la señora me encargó le dijese que lo sentia muchísimo... pero que hoy mismo salia para el campo.

Enrique. (*Vivamente.*) Va muy lejos?

Gervasia. Cá! No señor! A Aranjuez... una casita muy linda en la calle Real, número 9, donde permanecerá toda la semana.

Enrique. Está bien: volveré dentro de ocho dias.

Gervasia. Puede usted hacer lo que guste, pero por mi parte no se lo aconsejo.

Enrique. Y por qué?

Gervasia. Señorito... usted ha simpatizado conmigo desde que le vi...

Enrique. Gracias.

Gervasia. Pues bien: le diré á usted en confianza, que ya no recibimos á nadie, y á jóvenes mucho menos. La señorita Margarita, la cuñada, me lo acaba de decir hace poco.

Enrique. (No puedo verla...) Pero al menos, el señor don Ignacio?...

Gervasia. Tampoco está en casa.

Enrique. (Justo! la hora de la Bolsa.) Le esperaré. (*Toma una silla, se sienta junto á la mesa, y se pone á recorrer el periódico.*)

Gervasia. No señor; si no eso... Está usted equivocado. El señor ha ido á acompañar á las señoras á Aranjuez.

Enrique. (*Con la vista en el periódico.*) A Aranjuez?

Gervasia. Sí señor.

Enrique. Calle Real?

Gervasia. Sí.

Enrique. Número nueve?

Gervasia. Sí señor.

Enrique. (*Leyendo el periódico.*) Ah!

Gervasia. Eh?

Enrique. Justo! La misma!—«Se vende una preciosa »casa de campo situada en Aranjuez. Para mas infor»mes, se acudirá á la misma casa.»—Hé aquí mi negocio.—(*Levantándose.*) Doy á usted gracias por todas las noticias que me ha facilitado.

Gervasia. Yo? Pues si no le he dicho nada todavía?

Enrique. (Mañana domingo iré.) Gracias, gracias. (*Vase vivamente por el foro.*)

Gervasia. Pues señor... se me figura que aquí hay misterio. (*Despues de un instante de reflexion.*) Esperaré aun, antes de dejar la casa. (*Vase por el fondo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Al dia siguiente domingo. La escena pasa en Aranjuez en el campo.—Salon elegante: al fondo una chimenea con espejo encima, y á cada lado una puerta que dá al jardin; dos puertas laterales. En medio una mesa con recado de escribir; á la izquierda, en segundo término, una mesita de costura; cerca de la puerta dos sillones.

ESCENA PRIMERA.

ELISA *y* MARGARITA, *en trage de campo entrando por el foro.*

Margarita. Ah! Hermoso domingo!... que mañana tan bella!... esta casita, digan lo que quieran, es lindísima.

Elisa. (*De mal humor.*) Sí, pero es tan incómoda y tan pequeña!

Margarita. Con tal que haya donde alojar á los amigos!... el perfume del campo me embriaga... el jardin resplandeciente de flores y de verdor...

Elisa. Un jardin bastante mezquino... no me gusta!

Margarita. Bah! Todos los jardines están hermosos en el mes de mayo! Si fueras otra, te diria bajo el mayor secreto una noticia, que es una nueva prueba de la ternura de tu marido.

Elisa. No lo dudo.

Margarita. Quiere vender esta casa de campo y comprarte otra mucho mejor; pero aun cuando fuese digna de una princesa, te pareceria desaliñada y fea... en este momento...

Elisa. Qué idea!

Margarita. En vano florecen para tí las lilas, en vano los pájaros te saludan con sus dulces trinos; tú no ves nada... nada oyes... Una sola idea te preocupa.

Elisa. (*Tristemente.*) Es verdad.

Margarita. Pero confio en que muy pronto se disiparán las nubes; el tiempo aclarará, y entonces verás que posees juventud, belleza, fortuna, un marido bueno, un hijo bellísimo!... y hallarás, en fin, lo que realmente eres, la mas feliz de las mujeres!

Elisa. Escúchame... Hay otro tormento de que no te he hablado... toda la noche de ayer, toda la mañana de hoy, me ha parecido que mi marido estaba preocupado.

Margarita. Puede que el verte así... le dé tambien que pensar... y le haga concebir ideas... que de otro modo no se le ocurririan... Ten cuidado.

Elisa. Sí... lo tendré.

Margarita. Pero no! quizás no piensa en nada, y ese es el principio de tu castigo... Tú le supones las sospechas que deberia tener... aleja esos vanos temores. Adios, mi querida hermana. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA II.

ELISA.

Por mucho que diga... no me queda duda de que está inquieto... alguna cosa le atormenta... va y viene... ayer entró dos veces en mi alcoba... una de ellas sin que yo le viese... cuando me vió parecia turbado... Qué tendrá, Dios mio! No me ha hablado de ello, pero lo cierto es que nunca le he visto así... Es él... viene con Plácido.

ESCENA III.

ELISA. DON IGNACIO. PLÁCIDO.

Ignacio. (*Hablando á Plácido.*) Al fin estás aquí! Creí que no venias.

Plácido. Hombre, no seas vivo... se necesita tiempo.

Ignacio. (Silencio! Es mi mujer!) No has venido en el primer convoy?

Plácido. Salió demasiado temprano... y yo tenia mucho que hacer.

Elisa. Nosotros te esperábamos á almorzar.

Ignacio. Si... el almuerzo del domingo, en familia.

Plácido. (*Riendo.*) Ya, ya entiendo.... Es esa costumbre antigua y solemne...

Ignacio. Que conservo de mi padre, el arrendador, en cuya casa se separaba siempre una parte para los pobres... á fin de recordarnos á todos que es preciso, en el seno del bienestar, pensar en los que nada tienen... Siento que no hayas venido á disfrutar de nuestro frugal almuerzo... pero ya se ve... estabas ocupado...

Plácido. (*Sonriendo.*) Sí, pero afortunadamente ya está todo listo, y espero que no lo he hecho mal.

Ignacio. (*Riendo.*) De veras?

Plácido. Todos los encargos saldrán de Madrid en el tren de las cuatro... y á las cinco ó cinco y media iré yo mismo antes de comer á la estacion y los traeré aquí... como si fuese mi equipage... eh? qué te parece?

Ignacio. Calla! Mi mujer nos está mirando.

Plácido. (*Volviéndose hácia Elisa.*) Te has acordado, mi querida prima, de mis cartas de recomendacion para el Ferrol?

Elisa. Esta mañana las he escrito.

Plácido. Me las darás?

Elisa. Cuando quieras.

ESCENA IV.

LOS MISMOS. GERVASIA.

Gervasia. Vaya qué casualidad!

Ignacio. Qué es eso?

Gervasia. Figúrese usted, señor, que al entrar ahora de la calle, oigo á uno que preguntaba si podia ver la casa, y lo mas singular es... que al reparar en él, vi que era el jóven... que ayer en Madrid...

Elisa. (*Con terror.*) (Nos ha seguido!)

Gervasia. Solicitaba ver á la señora... y que despues que se fueron ustedes volvió... porque volvió por esas señoras... y tambien por el señor... y entonces...

Ignacio. (*Con impaciencia.*) Entonces, es muy sencillo, porque usted hace misterios de todo... Desde ayer he puesto en venta esta casa que no le gustaba á mi mujer... y es uno de los compradores que vienen á verla.

Elisa. (*Con alegría.*) (Ya no hay peligro.)

Gervasia. Ah!... es por eso?

Ignacio. Ese caballero vendrá á ver la posesion, el jardin, las dependencias...

Gervasia. Pues bien, no señor.

Ignacio. Cómo no?

Gervasia. No señor, porque entró en la alamedita... adonde le seguí de lejos. Séntose en un banco... y no se ha movido de allí... Desde aquí le puede usted ver, con la cabeza entre las manos... y á todo esto, en una agitacion...

Plácido. Verdad es que un comprador tiene generalmente mas calma y sangre fria!

Ignacio. Vamos, y bien, qué es lo que piensa usted de todo eso?

Gervasia. (*Con resolucion.*) Toma!... que no viene á comprar la casa... y que me es sospechoso!

Plácido. Y á mí tambien!

Elisa. (Dios mio! Me siento morir!... y Margarita que no está!...)

Gervasia. Hay tantas gentes que se introducen así en las casas con malas intenciones... y el interés que me tomo por mis amos...

Ignacio. Bien, bien...

Plácido (*A don Ignacio.*) (Ahí viene... Ahora veremos.)

Elisa. (Dios mio! Dadme fuerzas!)

ESCENA V.

ELISA, *apoyada en la mesa de la derecha.* PLÁCIDO. DON IGNACIO. GERVASIA *y* ENRIQUE, *entrando por el foro.*

(*Enrique saluda á Elisa respetuosamente, la cual le contesta sin mirarle; despues saluda á don Ignacio.*)

Ignacio. Me han dicho, caballero, que quiere usted comprar esta casa?

Enrique. Tal es mi deseo... si convenimos en el precio.
Plácido. Este caballero, segun me parece, ha venido conmigo en el mismo tren del ferro-carril?
Enrique. Creo que sí.
Plácido. Y usted querrá ver los departamentos...
Enrique. Que no conozco.
Ignacio. Es muy justo.
Plácido. Vamos, qué tal le han parecido los jardines?
Enrique. Los jardines?... bien, muy bien. (*Sin parar la atencion en lo que se le pregunta y mirando en torno suyo con embarazo.*)
Plácido. No es verdad que son muy lindos?... Y el cenador? Qué tal el cenador?
Enrique. Muy pintoresco.
Gervasia. (Calla! si no hay cenador!)
Plácido. Y el Kiosko?... ah!... el Kiosko sobre todo...
Gervasia. (Tampoco le hay.)
Enrique. Sí señor, sí... lindísimo...
Elisa. (Dios mio! Se va á perder!)
Plácido. Pues bien, caballero (y creo que mi primo Ignacio es ahora de mi parecer), usted no es un comprador.
Enrique. Qué quiere usted decir?
Plácido. Que no hay tal cenador, ni tal Kiosko...
Enrique. (Diablo!)
Plácido. Y que usted no viene á ver la casa.
Ignacio. Ni á comprarla.
Enrique. Es cierto, caballero.
Ignacio. Pues bien; entonces, tiene usted la bondad de decirnos á qué viene?
Enrique. (*Mirando al rededor con embarazo.*) Vengo... vengo...
Elisa. (Qué va á decir? Qué pretesto dará?)
Enrique. Quiero decírselo... á usted solo.
Ignacio. Mi querido primo,... (*A Elisa.*) y tú, hacedme el gusto de dejarnos.
Plácido. (*En voz baja.*) (No sé si es prudente...)
Ignacio. (*Con impaciencia.*) (Quieres callar?) Vamos, dejadnos.
Elisa. (Cómo saldrá del compromiso?) (*A don Ignacio, que la mira con impaciencia.*) Ya me voy, ya me voy. (*Vase con Plácido por la derecha.*)

Gervasia. (Pues señor, decididamente, aquí hay misterio!) (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VI.

DON IGNACIO. ENRIQUE.

(*Don Ignacio invita á Enrique á que se siente.*)

Enrique. Empezaré, caballero, por suplicarle me dispense la manera conque me he presentado. Ayer me fué imposible llegar hasta esas señoras, ni ver á usted, que segun me dijeron, debian pasar toda la semana en el campo... y yo que solo puedo disponer de dos dias...

Ignacio. Dispense usted, caballero. Ante todo, á quién tengo el honor de hablar?

Enrique. Me llano Enrique de Sandoval, y soy subteniente de navío.

Ignacio. Cuya muerte en Inglaterra anunciaron los periódicos?

Enrique. Se equivocaron de grado y de persona. El que perdimos era un oficial superior, pariente mio y mi bienhechor, que, como yo, se llamaba Enrique de Sandoval.

Ignacio. El gefe de escuadra?

Enrique. El mismo, que como padrino me dió su nombre... y como tio, todo cuanto podia dejarme.

Ignacio. Ah!... Es usted sobrino de don Enrique de Sandoval?... Par diez, caballero, tiene usted mas títulos de los que cree á esta propiedad... Está usted en su casa.

Enrique. (*Riéndose.*) Qué quiere usted decir?

Ignacio. Que á no ser por su tio de usted ni tendria yo esta casa, ni nada en el mundo!

Enrique. Es posible!

Ignacio. Sí, como lo digo... cuando un jóven empieza en la carrera de la vida, el primer choque que siente le arroja á la costa, le echa á fondo, como decís vosotros los marinos, y nadie tiende una mano al pobre náufrago... Su tio de usted tuvo confianza en mí,... en mi inteligencia, en mi probidad... tuvo la genero-

sidad de adelantarme algunos fondos que le devolví al primer año; pero no por eso me he desquitado, y me he mirado siempre como deudor suyo... ó de sus parientes si alguna vez los conocia. Así, pues, tengo razon en decirle: venga esa mano, caballero, está usted en su casa.

Enrique. No sé cómo agradecerle semejante acogida...

Ignacio. Hablándome con franqueza!... Los jóvenes, aun los marinos, pueden hallarse en la posicion... en que yo estaba... Gracias á su tio de usted ahora soy rico... y tendria un verdadero gozo en pagarle mi deuda de gratitud.

Enrique. Ah!... (*Vivamente y tomándole la mano.*) Usted es un hombre honrado... Gracias, caballero... gracias... nada necesito... mi tio me ha dejado toda su fortuna...

Ignacio. Lo siento.

Enrique. Que es muy considerable para un jóven...

Ignacio. Ah! Qué lástima!

Enrique. Pero puede usted hacer mucho por mí.

Ignacio. Gracias á Dios... hable usted... hable usted...

Enrique. Me permitirá usted que se lo refiera todo?

Ignacio. Como á un amigo, como á un hermano... aquí estamos en familia.

Enrique. Pues bien, caballero... mi hermana y yo, huérfanos desde la edad mas tierna, vivíamos bajo el amparo de mi tio. Llevó á mi hermana á un colegio... el mismo donde fué educada su esposa de usted. En cuanto á mí, habíame ya trazado mi carrera anticipadamente. Me dedicó á la marina. Concluí mis estudios, y estuve navegando tres años, el último á las órdenes de mi tio en la fragata *Invencible.* Durante nuestra espedicion estalló una de esas revoluciones tan frecuentes en España. Mi tio, que todo lo debia al gobierno caido, le siguió en la emigracion, y yo, aunque perdia mi carrera, no pude separar mi suerte de la de mi bienhechor... Hallábame, pues, á su lado en una ciudad de Inglaterra... cuando... Pero... suplico á usted me dispense todos estos detalles...

Ignacio. Quiero saberlo todo... el verdadero amigo es el que sabe escuchar.

Enrique. Mi hermana habia permanecido en España,

atacada de una enfermedad que no perdona, y deseaba verme. En el momento de recibir su carta partí—viajé noche y dia, pero en vano... llegué demasiado tarde.—Entonces solamente advertí, que en la precipitacion de la partida habia olvidado recoger mi pasaporte. Apresuréme, pues, á salir de España, y bajo el nombre supuesto de Eugenio Alvarez, comerciante, me dirigí hácia Barcelona, con intencion de embarcarme para Marsella... tomé pues asiento en una mala diligencia donde se hallaban cuatro señoras y un caballero. Este era un facultativo de la armada; en cuanto á las damas, la una era anciana y muy amable; las otras dos eran lindas, y la última encantadora; iban á un pueblecito cerca de Tarragona donde estaba situada la quinta de Santa Engracia.

Ignacio. Calle! La de mi anciana tia Gertrudis...

Enrique. La misma.

Ignacio. Bueno! Ya estamos en pais conocido... Hágame usted el gusto de continuar.

Enrique. Ya he dicho á usted que la diligencia era malísima... los caballos pésimos, y además el mayoral iba casi ébrio... En vez de ir por medio del camino, la diligencia iba materialmente por la orilla de una zanja, y la anciana señora que ocupaba mi derecha, esclamaba á cada instante: «Apuesto cualquier cosa »á que vamos á volcar.»

Ignacio. Y bien?...

Enrique. Aquella señora ganó su apuesta! caimos en la zanja, y aunque procuré sostenerla con mi brazo, lo hice con tal torpeza, que me lo partí enteramente!

Ignacio. Dios mio!

Enrique. En medio del camino real!

Ignacio. Qué hizo usted?... á quién acudió?...

Enrique. Tranquilícese usted. Teníamos allí á un cirujano, hombre bastante hábil, que en un momento me lo entablilló, sujetándomelo fuertemente con los pañuelos de las señoras... Pero necesitaba un ayudante, aunque no fuera mas que para sostener mi brazo. Aquí estoy yo, doctor, esclamó una de las jóvenes: qué es preciso hacer? Y modesta y pura como una hermana de la caridad, valerosa como ella, sostuvo mi brazo desnudo sin temblar, ni cambiar de color... Digo mal...

Solo despues que todo habia terminado, vi que bajó la vista y se sonrojó.

Ignacio. Ah! Fué una mujer noble y digna!

Enrique. Fué su hermana de usted!

Ignacio. Ya me lo figuraba yo!... no hay accion heróica... rasgo de bondad y de modestia, de que no sea capaz Margarita!

Enrique. A quién lo dice usted! Su tía Gertrudis, no queriendo dejar abandonado en el camino á quien la habia salvado, me obligó á que aceptase la hospitalidad en su quinta, y durante ocho dias que pasé al lado de Margarita, pude apreciar todas las encantadoras cualidades que poseía... qué gracia, qué talento, y sobre todo, qué bondad de corazon! Hé aquí una mujer digna de ser mi esposa... me dije; ó me caso con ella ó moriré soltero!

Ignacio. (*Con alegría.*) De veras!

Enrique. Pero supe despues que era rica... y yo no poseia entonces nada... Hoy me es permitido aspirar á la mano de la señorita Margarita. No tenia el gusto de conocer á usted, caballero; pero su señora esposa fué compañera inseparable de mi hermana. Así, tan pronto como llegué á Madrid, me presenté en casa de usted dos veces, aunque inútilmente, hasta que un criado me dijo en confianza que la señorita Margarita habia dado órden de no recibir á nadie, sobre todo á los jóvenes...

Ignacio. Margarita?

Enrique. Es cierto.

Ignacio. (*Moviendo la cabeza.*) No me estrañaria... Escúcheme usted, amigo mio. Ante todo prevengo á usted que le acepto por cuñado... y que desde ahora cuente con mi consentimiento.

Enrique. Ah! Gracias! Pues entonces...

Ignacio. No: no confie usted!... Figúrese usted que mi hermana no quiere casarse.

Enrique. Cómo...

Ignacio. Se ha empeñado en ello, y no hay quien se lo quite de la cabeza! Así es que ha alejado á todos los pretendientes!

Enrique. Todos!

Ignacio. Los ve venir, como se dice vulgarmente... los

adivina... cualquier jóven le es sospechoso... usted entra en el número... y desde ahora le condeno anticipadamente... y le coloco en el índice.

Enrique. Pero presentado por usted?...

Ignacio. Habria menos probabilidad. Todos los que hasta aquí he protejido se han visto desechados implacablemente.

Enrique. (*Vivamente.*) No me proteja usted.

Ignacio. (*Estrechándole afectuosamente la mano.*) Cuente usted con ello... pero puedo darle un buen consejo... Trate de captarse las simpatías de mi esposa. De eso depende todo. Las dos cuñadas están íntimamente unidas, y se confian todos sus secretos... Lo que puedo hacer además, y lo que haré, será ponerle con mi Elisa en buen lugar, y ayudarle de ese modo.

Enrique. Cuántas bondades!...

Ignacio. Yo le rogaré... le mandaré, si es preciso, que le reciba bien, que sea su aliada... Justamente viene ahí... ah! pero viene con su doncella!... Vaya usted al jardin á esperarme... (*Sonriendo.*) á ese jardin que usted conoce tan perfectamente. (*Vase por el foro.*)

ESCENA VII.

GERVASIA. ELISA. DON IGNACIO.

Elisa. Sí... sí... dentro de un instante.

Gervasia. (*Observándola.*) Si la señora está ocupada... esperaré.

Elisa. (*Turbada.*) Está bien... espere usted... (Ah! me muero de inquietud! que le habrá dicho para justificar su presencia?)

Ignacio. (*Acercándose á Elisa y en voz baja.*) Lo sé todo... conozco sus intenciones.

Elisa. (*Con terror.*) (Dios mio!)

Ignacio. (*En confianza.*) Es un amante... un pretendiente... viene por Margarita...

Elisa. Margarita?

Ignacio. Me lo ha confesado...

Elisa. (Nos hemos salvado!)

Ignacio. Por supuesto, él espera, y yo tambien, mi

querida esposa, que le ayudarás en sus proyectos...

Elisa. (*Turbada.*) Yo?... y cómo?

Ignacio. Tú te entenderás con él; pero no hableis delante de Margarita; es tan sagaz, que á la primer mirada lo adivinaria todo.

Elisa. Pero... Ignacio...

Ignacio. Mi hermana y yo tenemos que hacer una visita hoy á las tres.

Elisa. Pero... yo...

Ignacio. Nada... nada... aprovechen ustedes ese momento, aquí, en esta sala.

Elisa. Sin embargo...

Ignacio. Calla delante de Gervasia. Es tan curiosa! Si te oyese... Conque está dicho... á las tres.

Elisa. Pero...

Ignacio. Voy á avisarle... Cuento contigo... á las tres sin falta... (*Vase.*)

Elisa. (*Despues de un instante de silencio.*) Oh! esto es demasiado y decididamente prefiero decírselo todo. (*Dá algunos pasos para seguir á don Ignacio, y se encuentra enfrente de Gervasia.*)

ESCENA VIII.

ELISA. GERVASIA, *que durante la escena anterior ha estado arreglando flores en un vaso á la derecha.*

Elisa. Ah! olvidaba mi vestido...

Gervasia. Sí... qué le parece á la señora?

Elisa. He cambiado de idea... y me quedaré con este para comer.

Gervasia. (*Mirando á Elisa con interés.*) Como la señora quiera... Pero... siento...

Elisa. (*Estrañada.*) Eh! Qué? qué es eso?

Gervasia. Siento que la señora esté indispuesta!... temo que vuelva á repetirle la jaqueca...

Elisa. A mí!

Gervasia. O que tenga alguna pena. La señora sabe bien que por evitarle un disgusto sería yo capaz de echarme...

Elisa. Al fuego!... lo sé... gracias... puede usted retirarse...

Gervasia. Sí señora... voy corriendo... (Qué tendrá?) (*Vase por la derecha.*)

ESCENA IX.

ELISA, *sola, mirándola salir.*

Sospechará alguna cosa?... No... es su celo ordinario... es una buena chica, que me tiene ley... sin embargo... siempre me parece... esto es absurdo... que todos conocen mi secreto! Y él que va á venir!... Dios mio! Ya no me acordaba! Va á venir!... Ese momento que he esperado... con el que he soñado hace tanto tiempo... me llena de turbacion y de terror... Va á venir... Qué me dirá?... Ah! Quisiera que no viniese... oigo pasos... se acercan... es él... estoy perdida! (*Cae en un sillon á la derecha, al lado de la mesa.*)

ESCENA X.

MARGARITA. ELISA.

Margarita. Ya he terminado todas mis visitas... (*Con zozobra.*)

Elisa. Ah! eres tú?

Margarita. Yo soy... en qué tono tan trágico me lo dices!... Qué tienes?

Elisa. Yo? nada! como mi marido me dijo que ibas á ir con él... á las tres... á hacer una visita.

Margarita. Sí, y le he suplicado que vaya sin mí! (*Se sienta, y pónese á hacer labor.*)

Elisa. Ah! vas á quedarte... (*Volviéndose y viéndola sentada.*)

Margarita. Sí, voy á trabajar á tu lado... y á acompañarte un rato. (*Dán las tres en el reloj de la sala y aparece Enrique en una de las puertas del fondo.*)

Elisa. Ah! (*Le hace seña de que se aleje, señalando á Margarita.*)

Enrique. No está sola... volveré... (*Se aleja.*)

Margarita. Qué tienes, mujer?... Parece que estás turbada! (*Alzando la vista y mirándola.*)

Elisa. Desde esta mañana han pasado infinidad de acon-

tecimientos terribles... cuando te separas de mí un instante... no sé qué hacer...

Margarita. (*Levantándose vivamente.*) Habla... acaba!...

Elisa. En primer lugar, tú habias creido que refugiándonos al campo podríamos sustraernos á las persecuciones de Enrique... pero no le conoces... no sabes lo que es un amor como el suyo.

Margarita. Sigue.

Elisa. Mientras tú hacias tus visitas, él se introducia aquí bajo el pretesto de examinar esta casa... que está en venta... Le he vuelto á ver... estaba ahí... delante de mí... me sentia morir... y mi turbacion sin duda... le conmovió... porque no acertaba á hablar... Creí que todo estaba perdido, cuando de pronto se le ocurrió una idea atrevida... ingeniosa... una de esas ideas que solo inspira el amor... «Caballero, dijo á »Ignacio... vengo por la señorita Margarita, su hermana...»

Margarita. Por mí!

Elisa. «Cuya mano le pido.»

Margarita. (*Con ira.*) Mi mano!

Elisa. Calla! calla! y escúchame! Ahora es peor. Mi marido se ha propuesto protejerle... quiere que se quede aquí... sin duda para hacerte la corte.

Margarita. Es imposible!

Elisa. Yo le esperaba aquí á las tres!... (*Gesto de Margarita.*) Por órden de mi marido... y tu presencia le ha hecho huir.

Margarita. Gracias al cielo! pero esto no puede durar así! yo ayudarte á engañar á mi hermano, á quien amo!...

Elisa. Oh! no... pero...

Margarita. Pero tú no comprendes el papel indigno que le haces desempeñar, y cuyo pretesto soy yo... no, corro á decírselo todo.

Elisa. Y á destruir para siempre su dicha y su reposo...

Margarita. (*Deteniéndose.*) Ah! dices bien!... (*Despues de un momento de silencio.*) Callaré... callaré... pero con una condicion.

Elisa. Me someteré á ella... te lo prometo... cuál?

Margarita. La de que destierres desde hoy á ese caballero no solo de esta casa... sino de tu memoria...

Elisa. Echarle de esta casa!... Y cómo?...

Margarita. Diciéndole tú misma, franca y lealmente: Váyase usted! Por mi parte, no quiero mezclarme en nada. Te dejo... gobiérnate como puedas... pero es preciso que se vaya... me lo has ofrecido...

Elisa. Se irá.

Margarita. Bien!... Cuento con ello. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA XI.

ELISA.

Cree que es cosa fácil!... Decir al hombre que ama á una, que lo ha arrostrado todo por acercarse á ella... decirle cara á cara, váyase usted! Ah! no partirá... se quedará... Lo mas seguro, lo mas prudente... es escribirle... confiarme á él... Es un hombre honrado! Y luego cuando se escribe... solo se dice lo que se quiere, y nada mas. (*Poniéndose delante de la mesa y escribiendo.*) Dos palabras bastarán... no, no, esto no... es demasiado. (*Arruga la carta, se la guarda en el bolsillo, y empieza otra.*) Esta es mejor... no, no basta. (*Vuelve á guardarla en el bolsillo y empieza la tercera.*) Apresurémonos. (*Escribiendo de pie, delante de la mesa, y mirando á su alrededor.*) «Parta »usted, caballero... (*Deteniéndose.*) parta usted, yo »se lo suplico... si me ama... si, como creo, es usted »digno... de... de... (*Buscando una palabra.*) mi esti»macion...» no; de la ternura... tampoco... del afecto... esto es mejor... «del afecto que se le ha conserva»do...» Ah! esta frase me parece demasiado aventurada... Dios mio! no tengo fuerzas. (*Cayendo en un sillon.*) Ahora cómo haré que llegue á sus manos esta carta? Se la daré yo misma?... Oh! no, no, no me atreveria. Si me viesen! Ah! (*Viendo á Gervasia que trae flores y pone en uno de los vasos de la derecha.*) Gervasia, que me es tan fiel, sí, con esa puedo contar. (*Pliega vivamente su carta y la cierra.*) Gervasia! (*Llama.*)

ESCENA XII.

GERVASIA. ELISA.

Gervasia. (*Acercándose.*) Señora?
Elisa. Disimulemos. (*Dá la carta á Gervasia sin mirarla.*) Esta carta al señorito Enrique.
Gervasia. (*Tomándola.*) El oficial de marina? Allí abajo está, en el jardin... si la señora quiere que le llame, puede hablarle.
Elisa. (*Turbada.*) No, no.
Gervasia. Lo digo por la carta... si es para él.
Elisa. (*Vivamente y turbada.*) No, no... no es para él... es para un amigo suyo... una carta de recomendacion... ya sabe lo que es... vaya usted... (No sé lo que me digo.)
Gervasia. La señora puede estar segura de que dentro de un instante la tendrá en su poder... y si...
Elisa. Está bien! Vaya usted y déjeme en paz.
Gervasia. Voy, señora. (*Vase corriendo por la derecha.*)

ESCENA XIII.

ELISA, *sola, siempre sentada.*

Ah! creí que no se iría! (*Levantándose.*) Dentro de un instante la habrá recibido... (*Mirando al fondo.*) Ah! Dios mio! ha encontrado á Plácido!... la detiene... (*Bajando á la escena.*) qué tendrá que decirle?

ESCENA XIV.

GERVASIA, *hablando dentro.* ELISA.

Gervasia. (*Dentro.*) Pues hombre!... no faltaba mas! Vaya una franqueza!
Elisa. Qué es eso?
Gervasia. (*Entrando.*) Figúrese usted, señora, que iba yo corriendo, y el señorito Plácido me detiene, y me dice: «Qué carta es esa? Alguna carta de amores?» y se apoderó de ella...
Elisa. (*Con emocion.*) Semejante audacia...

Gervasia. No es verdad, señora, que eso no le importaba?... «No señor...» le dije... «es una carta de re»comendacion escrita por la señora á un oficial de »marina.»

Elisa. (*Esforzándose en moderarse.*) Qué necesidad tenia usted de decirle...

Gervasia. Para que lo supiera! Ah! esclamó, ya sé lo que es! Querida prima! Es para mí... la carta de recomendacion que me habia prometido. Tranquilízate... yo se la entregaré... y la guardó en el bolsillo.

Elisa. (*Con cólera.*) Y armas tanto ruido, tal escándalo!

Gervasia. Qué quiere usted, señora? cuando se me encarga alguna cosa, me gusta hacerla como se debe.

Elisa. Eso es! una escena que podia haber llamado gente!

Gervasia. Y tanto! Como que el amo vino corriendo!

Elisa. (Mi marido! Dios mio!)

Gervasia. Y la señorita Margarita! entonces el señorito Plácido echó á correr, y yo he venido á advertírselo á la señora!... y preguntarle qué debo hacer.

Elisa. Nada! (No me faltaba mas que eso!)

Gervasia. Si la señora quiere que yo vaya y se la vuelva á pedir...

Elisa. He dicho que no... no quiero nada! Déjeme usted y váyase.

Gervasia. Me voy, señora, me voy! no creí que esa carta era tan importante! (*Vase por la derecha.*)

Elisa. Ah! este es el último golpe!... No me faltaba otra cosa!... Suposiciones ahora... y esa carta en manos de Plácido... y Margarita que no sabe nada de lo que sucede! corramos á avisarle!... es ella con mi marido.

ESCENA XV.

ELISA. MARGARITA. DON IGNACIO.

Margarita. (*A don Ignacio.*) Pues bien, no, mi querido hermano; no! es imposible! Que Elisa sea juez!

Ignacio. Corriente, que decida ella. (*Arroja sobre la mesita de costura un cuaderno que trae en la mano.*)

Elisa. (*Bajo á Margarita.*) Soy perdida si no te hablo!

Margarita. (*Bajo á Elisa.*) Ahora no puede ser.

Elisa. De qué se trata!

Ignacio. Una cosa muy sencilla. Margarita sabe por tí que acabo de ver á un jóven, un marino llamado Enrique de Sandoval... que hoy come con nosotros.

Margarita. Sí, hermano mio, hasta ahí no me opongo.

Ignacio. Pues bien, qué es lo que él quiere? Qué es lo que pide despues de todo? Permiso para ser recibido en mi casa! para hacerte la corte legitimamente, con toda lealtad!... en fin, para hacerse amar...

Margarita. (*Con indignacion.*) Jamás!

Ignacio. Jamás! Y por qué?

Margarita. No necesito decirlo.

Ignacio. Pero en fin, se dán razones.

Margarita. Razones... razones... demasiadas tengo... no quiero casarme... ya te lo he dicho... y por lo mismo es inútil recibir á ningun pretendiente.

Ignacio. (*Insistiendo.*) Pero ese merece una escepcion... es un chico muy guapo... Mi mujer te lo dirá!... Es jóven... amable... ardiente... apasionado... que lo diga... que lo diga mi mujer...

Margarita. (Ah! esto es demasiado!)

Ignacio. (*Encolerizándose tambien.*) Pero mujer, ven acá! No te se pide que te cases con él en seguida... te se ruega solamente que le recibas... y que le recibas bien!

Margarita. Yo!

Ignacio. (*Enfadándose.*) Sin embargo, no puedes desecharle sin haberle visto, á él, á mi amigo, al sobrino de mi bienhechor... Escucha, Margarita, hasta aquí he sido bueno é indulgente para tí, pero la bondad tiene sus límites, y si insistes en una resolucion tan absurda, si no puedo obtener de tí el menor sacrificio, la menor consideracion,... es porque no hay en tí ni gratitud ni amistad! es que no me amas... que no me has amado nunca.

Margarita. (Yo, que en este momento mismo...) (*Alto con vacilacion.*) Escucha, hermano, esta es la primera escena de ese género que tiene lugar entre nosotros.

Ignacio. (*Con emocion.*) Desgraciado del que tiene la culpa! (*A Elisa.*) No es cierto, esposa mia?... y si no cede...

Margarita. (*Haciendo un esfuerzo.*) Cedo... consiento...
Ignacio. En ver á Sandoval?... en recibirle?
Elisa. (*Con aire suplicante.*) Y nada mas...
Margarita. Bien; pero si despues de haberle visto y oido no me agrada, me ofreceis ambos despedirle?
Ignacio. Corriente. Es él!

ESCENA XVI.

ELISA. DON IGNACIO. ENRIQUE. MARGARITA.

Ignacio. (*Tomando de la mano á Enrique.*) Mi querida Margarita, te presento á don Enrique de Sandoval, mi mejor amigo. (*Enrique se adelanta hácia Margarita, á quien saluda. Esta, despues de suludarle, alza los ojos, y al verle hace un gesto de sorpresa.*)
Margarita. (Don Eugenio Alvarez!)
Enrique. Señorita, para ser acogido... por usted y su señor hermano, he contado un poco con los antiguos recuerdos...
Margarita. (Se atreve á evocarlos!...)
Enrique. Y mucho con su bondad... y su indulgencia...
Margarita. (*Conmovida.*) Caballero, tiene usted aquí ya tantos que le protejen... le defienden y le aman... que no debe dudar de su buen éxito... pero...
Enrique. Ah! Hay un pero?
Ignacio. Pardiez! Como en todas las cosas de este mundo.
Enrique. Feliz yo, si no hay mas que uno; y cuál es?
Margarita. (*Friamente.*) Despues lo diré, caballero.
Ignacio. Tiene razon... Ahora no pensemos mas que en comer. Estamos todos reunidos... (*A Elisa.*) No falta mas que mi primo Plácido... (*Bajo á Enrique.*) un pretendiente... pero ese es moro de paz... ah! ahí viene! (*Va á recibir á Plácido, que viene por el fondo.*)

ESCENA XVII.

DICHOS. PLÁCIDO.

Plácido. Pues señor, ya estoy aquí... con un apetito que voy á devorar... (*Bajo á don Ignacio.*) Ya han llega-

do los encargos... que he dejado en tu gabinete sin que nadie me haya visto... (*Alto viendo á Enrique.*) Ah! Caballero!

Ignacio. (*Presentando á Enrique.*) Sí, este caballero, que en efecto no venia á comprar mi casa, sino á un asunto mucho mas importante.

Plácido. Cuál?

Ignacio. Lo sabrás muy pronto.

Margarita. (Ah! traidor!)

Ignacio. Por lo demás, es un marino muy distinguido... Don Enrique de Sandoval.

Plácido. (*Mirando á Elisa.*) Don Enrique de Sandoval! Ah! tengo una carta de recomendacion para ese caballero.

Enrique. Estoy á sus órdenes, caballero. (*Óyese tocar la campana.*)

Ignacio. Vamos, señores, á comer. La mano á las damas. (*Enrique ofrece su brazo á Margarita.*)

Elisa. (*A Plácido, que se acerca á ella.*) Sí, pero esa carta...

Plácido. Ah! mi querida prima! qué buena eres!

Ignacio. Qué?

Plácido. Mi prima ha escrito hoy por la mañana á este caballero una carta de recomendacion para mí.

Ignacio. Hola! hola! debe estar muy bien escrita, estoy seguro de ello!

Plácido. Se la entregaré despues de comer.

Ignacio. Perfectamente: con eso la leeremos juntos.

Elisa. Ah!

Plácido. Qué?... qué es eso?

Elisa. Nada. (*Toma su brazo, y siguen á Enrique y Margarita. Don Ignacio sale el último.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, *solo, saliendo del salon de la derecha.*

No puedo volver en mí de la sorpresa! Margarita no es ya la que he visto en otro tiempo; continúa siendo graciosa, previsora, amable con todo el mundo... pero conmigo solo usa una política fria, una ironía que se trasluce en sus menores palabras... Pero lo mas estraño es aun... su cuñada... Elisa... qué diablos!... yo no vengo á casarme con ella... y sin embargo, parece que se empeña en huir de mí: cuando me acerco, se refugia al lado de su hermana... cuando le dirijo la palabra, apenas me responde... cuando le dí la mano para salir del comedor, se hubiera dicho que temblaba de miedo! Así, pues, soy un espantajo para toda la casa... esto sin contar con el primito... que es un fátuo, un charlatan, un impertinente. Por fortuna le he dado una leccion que no la olvidará en algun tiempo.

ESCENA II.

ENRIQUE. DON IGNACIO, *entrando por la puerta de la derecha.*

Ignacio. Y bien, amigo mio, creo que para una primera entrevista... esto no va mal.

Enrique. Lo cree usted así?

Ignacio. No tiene usted mas que recordar lo que era

Margarita: ayer se sublevaba á la sola palabra de casamiento, y de pronto renuncia por usted á sus ideas de celibato... porque admitir un pretendiente es ya renunciar.

Enrique. De qué procede entonces, á la menor palabra que le dirijo... ese despecho... esa cólera que he creido notar...

Ignacio. Es muy natural... la dá ira, porque ve que no puede resistir... y siente que no tardará en amarle muy pronto.

Enrique. Ah! si fuese cierto!... con tal que eso se realizára, sería yo capaz de esperar todo el tiempo que quisiese.

Ignacio. No esperará usted mucho... yo se lo digo... y me alegraría en el alma tenerle por cuñado... sobre todo si ese asunto se decide hoy... porque hoy es una fecha... muy grata para mí... es el aniversario de mi casamiento... además, suplico á usted me disimule por haberle abandonado despues de comer... traigo un asunto entre manos... que me preocupa mucho.

Enrique. (*Vivamente.*) Cuál es, caballero?

Ignacio. (*Misteriosamente.*) Un regalo para mi mujer! Algunas telas y vestidos que he mandado traer de Madrid, y quisiera de antemano agrupar y disponer todo eso en su dormitorio... pero para que la sorpresa fuese completa, sería preciso que de aquí á esta noche la impidiésemos que entrára en la habitacion... yo procuraré vigilar... pero eso no es fácil... y hé ahí lo que me atormenta!

Enrique. En verdad, caballero, que admiro la bondad de usted!

Ignacio. Esa bondad no es mas que egoismo... soy tan feliz cuando la veo contenta!... usted conocerá eso, amigo mio, cuando se case con Margarita.

Enrique. Pluguiese á Dios!

Ignacio. Cuando le dé usted el brazo... cuando le mire... cuando oiga murmurar en torno suyo: cáspita! qué mujer tan linda!

Enrique. Ah! Esa confianza hace renacer la mia...

Ignacio. No hay miedo!... ante todo, mi mujer es como yo... está por usted.

Enrique. De veras?

Ignacio. Qué duda cabe?... Cree usted que ha faltado á su palabra?...

Enrique. No sé... Habia creido notar...

Ignacio. Pues no hay nada de eso!... Y la prueba es esa carta de recomendacion que le ha dado para usted á Plácido.

Enrique. (*Riéndose.*) Tal vez no sirva de nada! porque despues de la comida he tenido con el primo un pequeño altercado.

Ignacio. Por qué causa?

Enrique. (*Mirando á la derecha.*) Ah! Dios mio!

Ignacio. Qué tiene usted?

Enrique. Es ella!... Margarita!

Ignacio. Y bien! qué diablos! no tiemble usted así... todo un marino!

Enrique. Es que este momento va á decidir de mi suerte... véala usted... pregúntela... trate de saber lo que piensa de mí... y su contestacion me dirá si debo partir ó quedarme... Voy á dejarle con ella. (*Vase por el fondo á la izquierda.*)

ESCENA III.

MARGARITA. DON IGNACIO.

Ignacio. (Pobre jóven! Me interesa y no comprendo que se tenga corazon para rechazarle... (*Alto.*) Y bien, mi querida hermana... qué es lo que decimos!... (*Viendo que guarda silencio.*) Callas? (Buena señal.) (*Alto.*) Ya ves que de cerca... un pretendiente no es tan terrible como tú te figurabas... Vamos á ver, hermana, á mí que soy tu mejor amigo, háblame francamente...

Margarita. Me has pedido que le vea... y le reciba...

Ignacio. Y bien?

Margarita. Y bien! Ha venido! le he visto!

Ignacio. Y como César, ha vencido... (*Frotándose las manos y riendo.*)

Margarita. No.

Ignacio. Cómo no! Cuando á todos ha parecido tan amable!...

Margarita. Menos á mí.

Ignacio. Un jóven que te ama... que te adora... y de-

masiado bueno es... porque tú apenas le mirabas... Durante veinte años he creido que eras razonable, y hoy veo que no tienes sentido comun, que eres caprichosa... que eres obstinada... y terca... y á pesar de todo te toma por mujer! Pobre jóven!

Margarita. (*Friamente.*) Eso prueba, hermano mio, que la simpatía ó antipatía no se esplican... y que en fin... no es culpa mia si le agrado... como tampoco lo es suya... si no me agrada.

Ignacio. (*Irritado.*) Ah! Esa es una lógica...

Margarita. A la que nada tienes que contestar. Tu mujer y tú me habeis dicho: Consiente en recibirle, y despues, si no te conviene, le despediremos... lo juro: así lo habeis dicho: tengo vuestra palabra, y la reclamo!...

Ignacio. (*Procurando moderar su ira.*) Escucha... Margarita... lo que estás haciendo... es muy mal hecho... despedir de mi casa á un amigo... y que yo sea quien le despida... es una traicion... es un abuso de confianza.

Margarita. (*Friamente.*) Tengo tu palabra!

Ignacio. (*Fuera de sí.*) Pues bien! La cumpliré, puesto que me obligas á ello!... pero ya no quiero verte ni hablarte... no te perdonaré jamás! jamás! Faltar á la amistad no te importa... pero obligarme á mí á que haga traicion á la mia! (*Vase.*)

ESCENA IV.

MARGARITA, *sola, mirándola salir.*

Sí, comprendo... está avergonzado, humillado, furioso! (*Con dolor.*) No es él solo... pero esto pasará... se disipará... y la paz renacerá para él... y para otros...

ESCENA V.

MARGARITA. ELISA, *entrando por la puerta de la derecha.*

Elisa. Al fin puedo verte!

Margarita. (*Friamente.*) He despedido á don Enrique y

se irá. En cuanto á mi hermano, acabo de reñir con él... pero por mucha que sea la pena que yo sienta, nada me importará, si de hoy mas aseguro tu tranquilidad y la de tu marido.

Elisa. (*Con agitacion.*) Es que... temo que no sea así.

Margarita. Por qué?

Elisa. Mi marido sabe algo... Desde que hemos comido, no ha quitado los ojos de mí, siguiéndome, espiándome... Ahora mismo subió á mi cuarto, y desde el pie de la escalera... le vi que se encerró en nuestra habitacion dando dos vueltas á la llave y quitándola despues... Qué significa todo esto?

Margarita. (*Pensativa.*) Lo ignoro. Tal vez es... pero ante todo, tengo que prevenirte una cosa: la señorita Gervasia, tu doncella, á quien dí una órden en tu nombre, despues de comer, me contestó con tal impertinencia, que la he despedido en seguida.

Elisa. Qué has hecho? No podemos!

Margarita. No podemos echar á la calle á una criada insolente! Eso tendria que ver! Sufrir que se nos falte al respeto es faltarse á sí mismo!

Elisa. Lo comprendo... con cualquier otro criado, no digo que no... pero con esa es una imprudencia.

Margarita. Y por qué?... No parece sino que la temes.

Elisa. Pues bien, sí, temo que sospeche alguna cosa... y Plácido tambien!

Margarita. Qué dices?

Elisa. Estoy comprometida, perdida! He escrito á Enrique.

Margarita. Le has escrito!

Elisa. Para despedirle como lo habias exigido... y á fin de entregársela... se la dí...

Margarita. A Gervasia! Qué imprudencia!

Elisa. Pues eso no es nada aun!... por una fatalidad... por una desgracia...

Margarita. Que siempre sucede!

Elisa. Ha caido esa carta en manos de Plácido.

Margarita. (*Vivamente.*) Y la ha leido?

Elisa. No lo sé!... Qué quieres? Yo habia perdido la cabeza! Cuando no se está acostumbrada á situaciones semejantes...

Margarita. Vamos á ver, vamos, cálmate... Despues de

todo, esa carta no tendria nada que le pudiese comprometer?...

Elisa. Qué entiendes tú por eso?

Margarita. No le dirias... que le amabas?...

Elisa. (*Vivamente.*) Creo que sí... para obligarle á que se fuera, no sé lo que hubiese escrito!

Margarita. Le has escrito? Te contestará!

Elisa. Oh! no.

Margarita. Te contestará, porque le has autorizado á ello... (*Bajo.*) Cállate, ahí viene Gervasia.

ESCENA VI.

GERVASIA. ELISA. MARGARITA.

Gervasia. Señora! Señora! (*Entrando por el fondo de puntillas, y acercándose á Elisa.*)

Margarita. (*Bajo á Elisa.*) Ves ya su aire misterioso!

Gervasia. (*A media voz.*) Una carta del señorito Enrique!

Margarita. (*Bajo á Elisa.*) De él... qué te decia yo?... Está bien, Gervasia... es un encargo que nos hizo... yo sé lo que es... Démela usted.

Gervasia. Me la ha entregado para la señora... Además, el nombre está escrito encima.

Margarita. No importa! Démela usted le digo.

Gervasia. (*Mirando con intencion á Margarita.*) Solo tengo que dar cuenta á la señora, que á pesar de lo que hayan podido decirla, consiente en que no me vaya...

Elisa. (*Haciéndole seña de que salga.*) Está bien; démela usted, y salga de aquí inmediatamente.

Gervasia. (*Mirando siempre á Margarita.*) Los buenos amos, hacen los buenos criados... (*A un gesto de Elisa.*) Ya me voy, señora, ya me voy... (*Vase.*)

ESCENA VII.

ELISA. MARGARITA.

Elisa. (*Cayendo en un sillon.*) Ah! estoy anonadada!

Margarita. (*Acercándose á ella lentamente.*) Me enga-

ñaba, hermana mia; creí que no tenias mas que un amo... y tienes dos... el segundo es mas temible que Enrique. Sí, de hoy mas, estás bajo la dependencia de Gervasia... y yo, solo estoy aquí de favor...

Elisa. Qué dices?

Margarita. Porque si te exige que me despidas... será preciso que te resuelvas á ello, y que refrendes la órden.

Elisa. (*Indignada.*) Nunca! nunca!

Margarita. Y tu honor! y tu secreto! y tu marido!

Elisa. (*Desesperada.*) Oh! Dios mio! Dios mio! Pero esta carta... esta maldita carta que me abrasa la mano... qué hago con ella?

Margarita. Enviarla sin leerla no serviria ahora de nada. Es preciso conocer sus proyectos, sus intenciones... saber en fin lo que pide.

Elisa. (*Abriendo vivamente la carta.*) Lo crees así? (*Está sentada al lado de la mesa de la derecha y lée.*) «Parto, señora... dejo esta casa... para siempre tal »vez...» No veo, mi vista se turba... (*Llevando la mano á sus ojos.*)

Margarita. Despáchate!

Elisa. (*Continuando.*) «Pero de usted depende que no »pierda toda esperanza... (*Con emocion.*) Si el amor »mas verdadero, mas tierno, puede inspirarla algun »interés...»

Margarita. (*Mirando hácia el foro y advirtiendo á Elisa.*) Mi hermano!

Elisa. (*Viendo á don Ignacio, que entra.*) Mi marido! (*Oculta vivamente la carta en el folleto que está sobre la mesa delante de ella.*)

ESCENA VIII.

MARGARITA, *á la izquierda.* DON IGNACIO, *entrando por el fondo.* ELISA, *siempre sentada al lado de la mesa de la derecha con el codo apoyado en el folleto.*

Ignacio. Ven. (*Entra bruscamente y sin ver á ninguna de las mujeres: Margarita dá un paso hácia él, la ve, vuelve la cabeza sin hablarla, y mirando al otro lado repára en Elisa, sentada siempre junto á la mesa. Le hace señas de que vaya á él.*)

Elisa. Qué me quieres?

Ignacio. (*Bruscamente y con impaciencia.*) Ven, te digo. (*Elisa se levanta temblando.*) Tu primo Plácido está solo haciendo los honores... eso es inconveniente... vuelve al salon.

Elisa. (*Siempre turbada.*) Sí, Ignacio... voy... y mi hermana...

Ignacio. Tu hermana hará lo que quiera... yo no le hablo ya.

Elisa. Vienes conmigo?

Ignacio. No; Enrique nos deja... quiere irse absolutamente ahora mismo... y voy á acompañarle hasta el ferro-carril... es lo menos que puedo hacer!

Elisa. El tren no sale hasta las ocho y media; todavía es muy temprano.

Margarita. Tendreis que esperar bastante tiempo.

Ignacio. (*De mal humor y sin mirarla.*) Pues bien, esperarémos... y charlaremos un rato... Dame ese folleto. (*A Elisa que se ha acercado á la mesa, y que ha vuelto á tomar el folleto.*)

Elisa. (*Temblando.*) (Cielos!)

Ignacio. Qué tienes?

Elisa. Yo nada!

Ignacio. Vamos, dame ese folleto!

Elisa. (*Dándoselo.*) Tómalo... para qué le quieres?

Ignacio. Para lo que no te importa. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA IX.

MARGARITA, *que ha subido al fondo del teatro siguiendo á su hermano con la vista, cae en un sillon cerca de la puerta.* ELISA *cae en otro sillon á la derecha cerca de la mesa.*

Margarita. (*Con desesperacion.*) Y la carta?

Elisa. Me ha sido imposible recogerla! No quitaba la vista de mí!

Margarita. Ah! ahora todo se ha perdido!

Elisa. Creí que iba á morir!

Margarita. Lo ves?... Comprendes ahora lo que son las cartas?... Pero en vez de dejarnos abatir de este mo-

do, no podriamos con un poco de energía... ó de sagacidad... hallar un medio para salir del apuro?... vamos á ver.

Elisa. Qué buena eres!

Margarita. Bien, bien, déjate ahora de eso. Mi hermano te ama tanto, que solo deseará persuadirse de lo contrario: ayudémosle... busquemos un medio para justificar esa carta... y esplicar sus intenciones.

Elisa. Pero si no la conocemos... como no concluí de leerla...

Margarita. Es verdad! Tenemos que esperar á que se nos acuse!

Elisa. Ah! estoy perdida!... perdida!... perdida!

Margarita. Vamos, no te desesperes... no estoy yo aquí?... te defenderé... me acusaré...

Elisa. Tú?

Margarita. (*Animándola.*) Vamos, vamos, cálmate, Elisa, si fueses sola, sucumbirías á la borrasca, pero entre dos ya se la puede arrostrar. Bah! tranquilízate! (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA X.

ELISA.

Qué buena es! qué amiga tan verdadera! Vamos, apresurémonos! (*Poniéndose delante del espejo.*) Qué escena preveo!... cómo podré soportarla!... Ah!... (*Dando un grito.*) Margarita, Margarita! tenias razon... Corramos á impedir á todo precio... Es él!

ESCENA XI.

DON IGNACIO, *entrando con el folleto debajo del brazo.*
ELISA.

Ignacio. (*Paseándose con agitacion.*) Ah! estás aun aquí... Habráse visto cosa igual! Esto es inaudito... es increible! (*Deteniéndose delante de Elisa, que está temblando.*) El tren habia partido!

Elisa. Cómo?

Ignacio. Que desde hoy empieza el servicio de verano, y habian mudado las horas! Ahora la última salida es á las diez.

Elisa. Y... tu amigo Enrique?

Ignacio. Ha tenido que volverse conmigo de grado ó por fuerza.

Elisa. (*Con alegría.*) (Ah! no la ha leido!)

Ignacio. (*Acercándose á su mujer.*) Ha venido alguna visita?

Elisa. No, pero Margarita está en el salon.

Ignacio. (*De mal humor.*) Margarita!... No la necesito para nada... (*Poniendo sobre la mesa el folleto que trae en la mano.*)

Elisa. Con espanto.) Has leido?...

Ignacio. Sí, he leido... y demasiado!

Elisa. (Lo sabe todo!)

Ignacio. Vamos al salon.

Elisa. (*En la mayor turbacion.*) Antes quisiera decirte...

Ignacio. (*Con impaciencia.*) Despues me lo dirás; ahora vamos al salon, que quiero hablarte...

Elisa. (*Con impaciencia.*) Sí, ya te sigo... pero al menos... no me condenes sin oirme... Margarita te lo dirá como yo...

Ignacio. (*Con ira.*) Otra vez Margarita! (*Con agitacion.*) (De seguro es algo contra el pobre Enrique... tiene razon, las dos hermanas se han puesto de acuerdo.) (*Alto.*) Sí, es un complot!

Elisa. Sin duda soy culpable... muy culpable!...

ESCENA XII.

ELISA. DON IGNACIO. MARGARITA, *saliendo del salon de la derecha, y oyendo estas últimas palabras.*

Margarita. (Imprudente! Qué dice?) (*En voz alta y adelantándose.*) Ahí está un amigo tuyo que quiere verte.

Ignacio. (*Con cólera.*) Bien.

Margarita. Y hablarte ahora mismo.

Ignacio. Voy! Pero esta noche, cuando se haya ido todo

el mundo, necesito tener una esplicacion con vosotras, y la tendré! (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XIII.

ELISA. MARGARITA.

Margarita. Qué has hecho!
Elisa. No podia sufrir mas... era imposible! Se lo he dicho todo, ó al menos, he prometido decírselo.
Margarita. A qué te has apresurado?
Elisa. Lo sabia todo! La carta ya no está! Míralo tú misma!
Margarita. Es verdad! Nada! (*Hojeando el folleto que don Ignacio ha dejado encima de la mesa.*)
Elisa. Maldita carta!
Margarita. Silencio! Ahí viene Plácido.

ESCENA XIV.

ELISA. PLÁCIDO. MARGARITA.

Plácido. (*Dentro.*) No, no... no me quedo... y puesto que va á volver, me voy.
Margarita. Qué es eso?
Plácido. (*Entrando.*) Qué ha de ser? Ese marino... ese caballerito á quien yo creí lejos de aquí, me fastidia y me encocora desde esta mañana. Figúrense ustedes que despues de comer, algunos de los convidados se fueron con él al jardin á fumar un cigarro... Cuando me reuní á ellos, se estaba hablando de Ignacio, de sus cuidados, de su galantería, de su contínua ternura á su mujer, y esclamé: Ya lo creo... aquí estoy yo para impedir que se descuide... si le sucede eso alguna vez... aquí están los primos, que son los que vengan á la sociedad, y á las mujeres ultrajadas! Lo cual hizo reir mucho á todos los presentes, escepto á ese... Colon de nuevo cuño,... que no comprendiendo sin duda un chiste de buena sociedad... frunció las cejas... y se permitió con un aire medio irónico y medio amenazador... algunas frases cuyo testo no recuerdo... pero cuyo sentido era... que me aconsejaba... vamos,

esto no tiene precio... que no galantease á ninguna de vosotras... puesto que una es la mujer, y otra la hermana de su amigo... ex-abrupto caballeresco de que no hice caso, y sin responderle le volví la espalda, y continué fumando mi cigarro con toda tranquilidad.

Margarita. Bien hecho.

Plácido. (*Volviéndose hácia Elisa.*) No es verdad? Ya comprenderás que desde ese instante no quise deber nada á ese caballero, y yo, que iba á entregarle tu carta de recomendacion...

Margarita. No se la dió usted!

Plácido. Me habria guardado muy bien. No le necesito para nada.

Margarita. De suerte que la tiene usted ahí?

Plácido. (*Señalando al bolsillo del frac.*) Sí, aquí está.

Elisa. Ah! mi querido primo!

Margarita. Ah! Plácido!

Elisa. Qué bueno eres!

Margarita. Qué amable!

Elisa. Y esa carta...

Margarita. Que ya es inútil...

Elisa. Esa carta... por favor...

Plácido. Tanto os interesa?

Margarita. Para romperla.

Plácido. Nada, nada, os la daré!... (*Saca del bolsillo muchas cartas que va recorriendo.*) Tengo el bolsillo tan atestado de papeles.

Margarita. (*Bajo á Elisa.*) Nos hemos salvado; ya no hay pruebas de tu mano.

Elisa. Pero la otra carta... la suya... y sobre todo la promesa que he hecho á mi marido... de confesárselo todo...

Margarita. Ese es el mal.

Elisa. (*Mirando á la derecha.*) A cada instante estoy temblando que entre.

Plácido. (*Entregándole la carta.*) Aquí está.

Margarita. Gracias. Hay todavía mucha gente en el salon?

Plácido. No son mas que las nueve. Uno de los amigos de Ignacio le ha cogido por su cuenta, y todavía tiene tela cortada para rato.

Margarita. Me alegro.

Elisa. Y tú has salido...

Plácido. Porque ese caballerito me cargaba... francamente, no le quiero ver... (otra vez!) (*Viendo entrar á Enrique.*)

ESCENA XV.

ELISA. PLÁCIDO. MARGARITA. ENRIQUE.

(*Enrique entra y saluda á las dos señoras. Plácido saluda á su vez y vase por el fondo sin decirle nada.*)

Elisa. (*Bajo á Margarita.*) Huyamos... si mi marido entrase...

Enrique. (*Acercándose á ellas.*) Detenido aquí involuntariamente, y á pesar de las órdenes de ustedes, permítanme que aproveche estos pocos instantes para pedirles algunas esplicaciones que tal vez son necesarias.

Elisa. (*Temblando.*) A mí, caballero? es imposible... no puedo permanecer aquí.

Enrique. Está bien, señora... No es á usted, sino á esta señorita á quien yo desearia hablar.

Elisa. (*Bajo á Margarita despues de haber cambiado con ella una mirada de sorpresa.*) Quédate, es mas prudente... y óyele... yo voy á escuchar. (*Entra en la habitacion de la izquierda.*)

Enrique. (*Mirándola al salir.*) (Continúa el mismo sistema... siempre nerviosa y huyendo cuando me acerco. Esta vez al menos no me quejo.)

ESCENA XVI.

ENRIQUE. MARGARITA.

Enrique. Desde esta mañana, señorita, me ha sido imposible verla, hablarla y hallarme solo con usted. Sé cuál es su opinion respecto á mí, conozco la sentencia que me condena... no apelaré... á ella me someto... Pero como ante todo quiero llevar conmigo la estimacion de mi juez... pido antes de alejarme que me sea permitido presentarle mi defensa, y le ruego que se digne oirla, sin interrumpirme!

Margarita. Lo prometo, caballero... es justo que la defensa sea libre... (*Enrique pone su sombrero sobre la chimenea, en el fondo; Margarita pasa á la derecha.*)

Enrique. Cuando un accidente muy afortunado, y que muchas veces he bendecido, me dió ocasion de encontrarla en el castillo de su tia Gertrudis, me hallaba yo proscripto, y obligado á ocultar mi nombre. Pero durante los pocos dias que pasé al lado de usted, no solo la dediqué por gratitud mi corazon y este brazo que casi la debia... sino que me habia prometido... y así lo dije á don Ignacio... que no tendria otra mujer que usted... ó que moriria soltero... Sí, lo confieso francamente, usted ha sido la primera, la única mujer á quien yo he amado.

Margarita. (*Con ira.*) Caballero!... (*Se levanta y vuelve á sentarse.*)

Enrique. (*Reclamando con dulzura.*) Ah! Me ha prometido usted no interrumpirme!... Mis ilusiones se han desvanecido muy pronto!... usted ha jurado no casarse, segun me ha dicho su hermano!... Valia mas que me hubiese usted dicho franca y lealmente las causas que la hacian rechazar mi peticion. El vencido merece siempre algunas consideraciones, señorita, y renunciar á usted era ya un dolor bastante grande para que no intentase dulcificarle con algunas palabras de estimacion... ó de amistad... Pues bien, esa amistad, de la que no creo ser indigno, yo la reclamo. Déjeme usted que parta con la esperanza de que un dia la obtendré. Hé aquí, señorita, lo que tenia que pedirla.

Margarita. Caballero, he escuchado, y á mi vez le preguntaré: por qué se cree usted obligado á decirme todo eso?

Enrique. (*Admirado.*) Cómo, señorita?

Margarita. Puesto que estamos solos, y que todo fingimiento es inútil.

Enrique. Yo fingir?... Engañar yo? cómo puede usted figurarse eso, señorita? Con qué objeto? Por qué causa?

Margarita. Ah! esto es demasiado! Atreverse á decirme á mí, caballero... que me ama usted...

Enrique. Y por qué no? A usted, á su hermano, al mundo entero.

Margarita. Y venia usted aquí... á casarse conmigo?

Enrique. Probablemente, señorita... porque no creo que nadie pueda suponerme otro motivo.

Margarita. Y por eso... se ha dirigido usted á mi hermano?

Enrique. Sí, señorita...

Margarita. Y así es como ha conquistado usted su amistad?

Enrique. No digo que no.

Margarita. (*Fuera de sí y con ira.*) Basta, caballero!

Enrique. (*Con ira.*) Señorita... aquí hay algo de estraño y de inaudito que no me puedo esplicar... las cosas mas sencillas y naturales parecen en mi boca increibles, inverosímiles... Par diez! amo á usted porque la amo!... y no concibo por qué duda usted de mis juramentos, cuando lo único que pido es renovarlos ante Dios!

Margarita. (*Mirándolo con atencion.*) (Ese aire de franqueza y de lealtad...) Déjeme usted!... déjeme usted! (*Sube cerca de la chimenea.*) (Dirá verdad! Oh! no, no es posible! Pero cómo saberlo sin comprometer á mi hermana ni vender su secreto?... (*Mirando á la puerta izquierda.*) Está ahí... nos escucha... (*Llevando la mano á su corazon.*) Hagamos la última prueba para su desengaño... ó para el mio! prosigamos.) (*Alto y volviéndose hácia Enrique, que durante este tiempo ha permanecido inmóvil y esperando su respuesta.*) Caballero, usted ha hablado de mis buenas cualidades; yo le hablaré de mis defectos. En primer lugar soy muy incrédula... muy desconfiada... (*Sentándose.*) Quiere usted repetir todo lo que acaba de decirme?

Enrique. Oh!... con mucho gusto, señorita! (*Vivamente y sentándose á su lado.*)

Margarita. Decia usted, si mal no recuerdo: «que yo »era la primera y la única mujer en el mundo que us»ted ha amado.»

Enrique. Y es verdad... á ninguna otra...

Margarita. (*Con intencion.*) A ninguna? no teme usted decirlo en voz alta!

Enrique. Lo juro por mi honor!... á su hermano de usted no tenia el gusto de conocerle... Entonces pensé

en su esposa Elisa, muy antigua amiga de mi hermana... y á la que esperaba confesárselo todo; pero me ha sido absolutamente imposible. Desde esta mañana no hace mas que huir de mí, no he podido decirla una palabra. Siento decírselo á usted, que es su hermana... pero esa conducta no tiene esplicacion...

Margarita. (*Vivamente.*) No, no, confiésemelo usted todo: hemos convenido en hablar con franqueza... Decia usted...

Enrique. Pues bien, señorita, decia que su hermana de usted me parece insoportable!

Margarita. (*Vivamente.*) Mas bajo...

Enrique. Es justo! (*Mirando del lado del salon.*) Podrian oirme!... (*Volviéndose hácia la puerta de la izquierda y hablando á Margarita.*) Pues bien, sí, insoportable! inesplicable! su hermana de usted mira sin ver, escucha sin oir; si se le ofrece el brazo se estremece; si se sienta uno á su lado, le dán síncopes! Esa señora es un ataque de nervios perpétuo!

Margarita. (*Queriendo imponerle silencio.*) Caballero...

Enrique. Desde que la vi me fué antipática.

Margarita. Por favor...

Enrique. Hice mal, y ahora me arrepiento. Pobre mujer!

Margarita. La compadece usted?

Enrique. Sí... debe estar enferma de la cabeza.

Margarita. Por qué dice usted eso?

Enrique. Porque... en el momento de partir le escribí, con consentimiento y á la vista de su marido, una carta...

Margarita. Cómo, caballero, esa carta que hace poco entregó usted á Gervasia...

Enrique. La ha leido usted? Por ella habrá podido juzgar si tenia algo de inconveniente... era una carta íntima... personal... un secreto de familia confiado á ella sola... Pues esa carta que habria debido guardar... sabe usted adónde la he hallado?

Margarita. (Ah! Dios mio!)

Enrique. En el camino de hierro, dentro de un cuaderno que su marido dejó en uno de los bancos del salon de descanso.

Margarita. Cielos!

Enrique. La recogí sin que don Ignacio lo viese... porque como es un hombre tan metódico... de seguro se incomoda...

Margarita. Y esa carta la tiene usted ahí?

Enrique. Sí, conmigo la traigo.

Margarita. (*Con amabilidad.*) Quiere usted confiármela, sino lo lleva á mal?... Quisiera volver á leerla...

Enrique. (*Vivamente y dándosela.*) Ah! tómela usted, señorita, tómela usted.

Margarita. (*Tomándola y mirándola aparte.*) Sí, es la misma! (*Leyéndola en voz alta volviendo la espalda á Enrique, es decir, volviéndose hácia la puerta de la izquierda.*) «Parto, señora, dejo esta casa... para »siempre tal vez... pero de usted depende que no pier»da toda esperanza. Si el amor mas verdadero, el mas »tierno, puede inspirarla algun interés... dígnese us»ted abogar por mi causa. Dígala usted que hace tres »años la amo, que hace tres años Margarita es el ob»jeto constante de mis pensamientos, de mis esfuer»zos y de mis trabajos!» (*Margarita se detiene.*)

Enrique. Cielos! Está conmovida!

Margarita. (*Continuando.*) «Sí, gracias á usted, mi cau»sa triunfa algun dia... por muy lejano que esté, me »hallaré libre... siempre libre... Cuando se ha visto á »Margarita, no se puede pensar en otra mujer, para »compañera... ni amar á otra.» (*Mirándole.*) (Pobre jóven!) (*Alto y con tono afable que oculta su emocion.*) Caballero, cuando yo cometo una falta, la reconozco y la reparo en cuanto me es posible... Así, pues, diré á usted... Silencio! es mi hermana!

Enrique. Sí? (*De mal humor y á media voz.*) Pues llega á tiempo! Y luego querrá usted que no deteste á esa mujer! (*Se aleja, y va á sentarse cerca de la mesa de la derecha.*)

ESCENA XVII.

ELISA, *saliendo de la habitacion de la izquierda.* MARGARITA *y* ENRIQUE, *sentados á la derecha. Elisa, pálida y turbada, hablando bajo á Margarita, que se acerca á ella.*

Elisa. Ah! ahora le odio... le detesto!...

Margarita. (La misma frase, los mismos sentimientos! Oh simpatías!)

ESCENA ÚLTIMA.

ELISA *y* MARGARITA, *á la izquierda.* DON IGNACIO *y* PLÁCIDO, *llegando por la puerta de la derecha.* ENRIQUE, *sentado cerca de la mesa de la derecha.*

Ignacio. Ya se fueron las visitas!

Plácido. (*Viendo á Enrique.*) Todo el mundo ha levantado anclas, (escepto este caballerito, que hará muy pronto lo mismo, segun espero.)

Ignacio. En fin... gracias al cielo... puedo encolerizarme á mi gusto. Aquí se me deben esplicaciones...

Elisa. (*Con desesperacion.*) Que ahora mismo vas á tener.

Ignacio. Gracias á Dios. (*Va á hablar á Enrique.*)

Margarita. (*Bajo á Elisa.*) Qué vas á hacer?

Elisa. (*Fuera de sí.*) A confesarlo todo... ese será mi castigo!

Margarita. (*A media voz.*) Y su desgracia...

Ignacio. (*A Enrique con cólera.*) Amigo mio, tenia usted razon... era un complot! y mi mujer estaba en contra suya!

Elisa. (*Estupefacta.*) Yo!

Margarita. (*Con fuerza.*) Pues bien, sí! Hé ahí lo que no se atrevia á confesar,... y lo que yo queria decir á usted... (*A Enrique.*) caballero. Mucho antes que usted llegase á esta casa... mi hermana habia prometido interesarse conmigo en favor de su primo Plácido.

Plácido. Es verdad!

Margarita. Y como se creía obligada por esta promesa y por deber de parentesco á favorecer mis proyectos...

Plácido. Querida prima...

Margarita. Tal vez no ha protegido á este caballero con todo el calor que tú deseabas, porque colocada entre su marido y su familia, ha concluido por encerrarse en una estricta neutralidad.

Ignacio. (*De mal humor.*) Neutralidad armada!

Margarita. No... además, estaba tan desconsolada...

tan inquieta... tan arrepentida por no haberse conformado en un todo... con las intenciones de su amo y señor... que creía habia perdido la cabeza... y se suponia culpable de los mayores crímenes...

Ignacio. Cómo! era esa la causa?

Enrique. Nunca me perdonaré haber sido, aunque involuntariamente, causa de ello.

Ignacio. (*Dulcificándose.*) Ni yo haber sido tan severo, esposa mia... pero se trataba de un amigo.

Elisa. (*A su marido.*) Y como prueba de mi arrepentimiento, ruego sinceramente y con todo mi corazon á mi hermana Margarita que se case con don Enrique.

Plácido. (Pues señor, viró de bordo.)

Ignacio. Muy bien. Eso es lo que se llama reparar francamente sus faltas... y si Margarita no fuese la obstinacion en persona... seguiría tu ejemplo... Vamos, te ama tanto... (*A Margarita.*) un buen movimiento... cásate con él!

Elisa. (*Rogándole.*) Sí... sí... cásate!

Plácido. (*Bajo á Margarita.*) No se case usted.

Margarita. Poco á poco, señores... este es un asunto que á nadie importa mas que á mí, y ya saben ustedes que no sufro influencias de nadie... Hace poco iba á dirigir á este caballero dos palabras en cambio de su carta... que se las diré ahora... pero á él solo... y si despues de eso no está contento... puede alejarse... (*Enrique ha bajado al proscenio. Margarita se acerca á él y le dice lentamente:*) Enrique, hace tres años le amo!

Enrique. (*Dando un grito.*) Ah! Usted me ama...

Plácido. (Me fuí á pique!)

Enrique. Entonces, cómo?...

Margarita. Ni una palabra mas. Es preciso tomarme como soy... con todos mis defectos!

Enrique. (*Con alegría.*) Los tomo... los tomo... quiero que no se me quite nada de mi tesoro!

Ignacio. (*A Elisa.*) En fin, esposa mia, gracias á Dios que hemos logrado casar á nuestra hermana con un buen marido!

Elisa. (*Con alegría y cariño.*) No tan bueno como tú... sí, sí, mi querido esposo, ahora estoy contenta de mí... y de tí... yo te amo!

Ignacio. Esposa mia! (*La abraza*.) (Cuando vea la sorpresa que le espera!)

Margarita. Me perdonarás, hermana mia? (*Acercándose á Elisa y en voz baja*.)

Elisa. Con todo mi corazon! Tú me has enseñado á conocer que la verdadera dicha consiste en saber apreciar el bien, sin aventurarse á forjar sueños ilusorios y quiméricos.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.=Madrid 5 de Diciembre de 1859.=El Censor de teatros, *Antonio Ferrer del Rio*.

TRES NOCHES DE AMOR Y CELOS.

NOVELA ORIGINAL,

POR

DON LUIS MARIANO LARRA.

TOMO I.

MADRID: 1855.